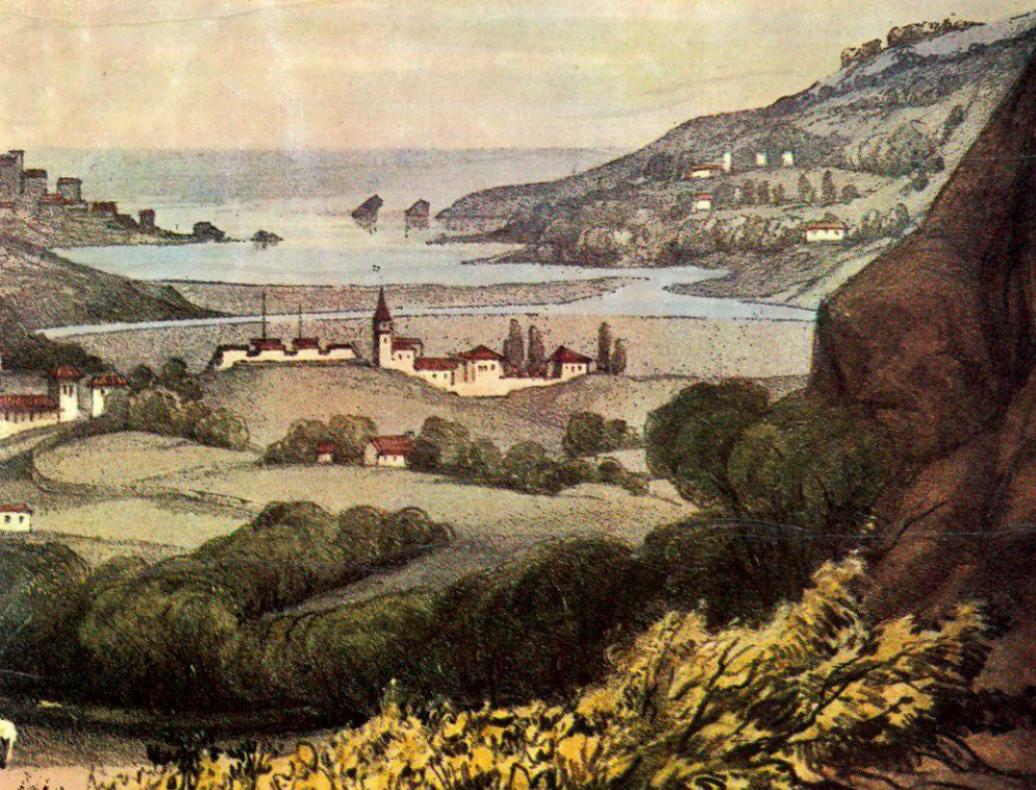


MARTIN DE UGALDE

TRES RELATOS
YASCOS



TRES RELATOS VASCOS

Martín de Ugalde

Editorial Txertoa
Plaza de las Armerías, 4
San Sebastián

© MARTIN DE UGALDE
© Editorial Txertoa - San Sebastián

EDITORIAL TXERTOA
Plaza de las Armerías, 4 - San Sebastián
Apartado 767 - Telf.: 45 97 57

Depósito Legal: 1.336-1974
ISBN 84-7148-013-1

Talleres gráficos: Editorial Verbo Divino, Estella

*A nuestros amigos
Juanito y Mari Zabala Zufiaurre.*

Prólogo

Estos tres relatos, si no están escritos en lengua vasca, ¿por qué van a ser vascos?

No se lo pregunto al lector; me lo estoy preguntando a mí mismo.

Esta novela corta y estos dos cuentos, me digo, puede que sean vascos porque han sido escritos por un vasco, sencillamente. Si son finlandeses los cuentos que escribe un finlandés, y daneses los que escribe un danés, ¿por qué no van a ser vascos los míos? Pero aquí es donde tropezamos con la particularidad de unas narraciones escritas por un vasco, sí, pero en la lengua que no es la suya materna, sino en la castellana, que han hecho oficialmente española, y luego venezolana, entre otras. Alguien puede hacerme la reflexión, y acertada, que para formular este juicio con ecuanimidad se hace necesario confrontar el caso vasco con el que constituyen otros países donde nacionalidades y culturas diferentes forman parte de un mismo Estado; pongamos el caso de la Gran Bretaña, donde conviven con los ingleses, que son los castellanos de España y los francos de Francia (porque no hay que olvidar, como se olvida a menudo, que también en Francia hay vascos), con los galeses, los escoceses y los irlandeses. Pero, por muy británicos que sean, digamos, los irlandeses del Ulster, todavía, si los cuentos de un irlandés están escritos en irlandés, estos cuentos no son cuentos británicos, por Dios, y menos, ingleses. Si no lo son ni cuando juegan al fútbol. Pero, si los relatos de un irlandés, que hay más de uno, están escritos en inglés, ¿qué son?

Hay que decirlo todo, y es verdad que los vascos somos en este punto susceptiblemente recelosos.

Pero también son muy celosos de su identidad cultural aquellos que tienen la lengua castellana como suya, quienes, a pesar de tenerla tan protegida, gritan, como es el caso de un Salvador de Madariaga, que "ya se está convirtiendo el castellano en 'colonia inglesa'" sólo porque tiene que encajar algunos anglicismos que le son indispensables. Si está bien, muy bien, que se esté pidiendo que en la Filipinas de lengua inglesa se dé al español categoría de lengua oficial, como al francés en el Canadá mayoritariamente inglés, no hay persona culta que pueda justificar la circunstancia trágica del premeditado desamparo en que sobrevive la lengua vasca en su único y reducido baluarte ya vulnerado por todos sus costados.

Es evidente que esta actitud de recelo del vasco nace de escarmientos viejos.

Por una parte, nadie en mi niñez me ayudó oficialmente en mi Andoain nativo a prolongar la lengua única de mis abuelos y de mis padres más allá del hogar y de la iglesia. Luego, he vivido fuera de mi País; ya se sabe que muchas veces, y es el caso de los vascos de lengua, una ausencia prolongada de la tierra la mata porque no tiene el vasco receloso la fortuna de poder emigrar a ningún otro país de su lengua. Para dar un ejemplo, no le faltó el aliento de su lengua a un León Felipe en México, pero exactamente en el mismo tiempo cronológico y político vivía Nicolás Ormaetxea, "Orixe", en el desamparo conmovedor de faltarle su lengua en Guatemala; cada uno ha dejado este entrañable testimonio circunstancial en su obra.

La diferencia entre un "Orixe", el mayor poeta vasco contemporáneo (de quien, y es una acusación, no habrá oído hablar casi ningún crítico español), y León Felipe, uno de los grandes poetas españoles, es el mundo cultural de su lengua.

Acaso es por esto que hay pocas cosas más entrañablemente sentidas por el vasco que el castigo del destierro. No es destierro para el vasco ese saltarse el Bidasoa (que es un cuento de faisanes) a lo Unamuno, pero sí el Atlántico a lo "Orixe", y este tipo de viajes sigue produciendo hoy el mismo dolor profundo de los tiempos en que el castigo más severo que preveía la ley que se daban los vascos para castigar a los vascos era este alejamiento de su tierra. Pero aún hay otra manera de irse que todavía es más dramática: la del que queda en su propia casa a la intemperie del forzado abandono de su lengua.

Pues yo he vivido todas las circunstancias que han fabricado en mi pueblo este recelo.

Pero esta ausencia de mis padres, que se ha prolongado en el tiempo hasta el mío y el de mis hijos, porque nos está sobrando tiempo para todo, no me ha arrancado la lengua de la boca. Ni ha sido capaz de evitar que se la pase a mis hijos venezolanos, gracias a mi mujer. Y así, en la Venezuela donde hemos encontrado la Patria de adopción, he escrito otros cuentos en lengua vasca.

Sin embargo, estos tres relatos, como otros muchos que han sido escritos y publicados en Venezuela, están, no podían sino estar, escritos en la lengua de esta soledad del vasco.

Si ha habido un país al que deben los vascos como pueblo más que a otros, y hay muchos a los que debemos gratitud, éste es Venezuela. Acaso estoy expresando sólo una preferencia personal, pero me atrevo a creer en la objetividad de lo que estoy diciendo. Aquí hemos dejado mi mujer y yo los padres, aquí han nacido nuestros hijos, y yo debo, además, a Venezuela el aprendizaje de muchas cosas.

Entre otras, me ha enseñado a escribir cuentos.

En el País Vasco, y también en España, hay la costumbre de creer que este género literario es un arte menor dedicado a los niños, algo así como lo que la acuarela de ilustración infantil es a la pintura formal. Con este errado sistema de creer comencé a leer en Venezuela los cuentos de Gallegos, Pocaterria, Meneses, Díaz Sánchez, Uslar Pietri, Armas Alfonso, Julio Garmendia, Díaz Solís, Raúl Valera, González Eiris, Otero Silva, González León, Guaramato, Márquez Salas, Juan Bosch y Alejo Carpentier, dos exiliados en Venezuela, y Dávila Andrade, un desterrado a muerte; todos ellos han sido mis maestros. Comencé a escribir encandilado por esta sorpresa, y me dejé llevar, claro es, por estas manos, y también por las corrientes de la literatura venezolana en que estaba el loco grande que fue Horacio Quiroga, el Borges prodigioso, además de algunos europeos que descubrí en América: un Chejov, un Daudet y un Maupassant, sobre todo éste, y los norteamericanos Faulkner y O. Henry, tan diferentes, y Edgard Allan Poe, y el más reciente entonces, Salinger. Y al final de esta etapa, cuando he vuelto a la tierra de donde partí sin que se hayan agostado todavía algunas fuentes, en esta tierra del barro de donde me viene desde mis más lejanos abuelos la lengua vasca, me ha salido con toda naturalidad aprendida en Venezuela esta lengua y este lenguaje del alejamiento del vasco.

Nada de lo que pasa por el alma de un hombre desaparece sin huella.

Ninguna cosa resultante de los tiempos y las manos del hacer y deshacer del hombre se puede descartar como inútil; el todo permanece; móvil y evolutivo, sin duda, pero queda; y después de treinta años que he tenido que pasar fuera de mi tierra y de mis gentes

ante la alternativa, como dice el catalán Josep Pla, de desistir del monolingüismo literario o desistir de la profesionalización, ya no soy, a mis cincuenta y dos años, enteramente el mismo. A pesar de esto, sin embargo, o por esto mismo, creo que estos cuentos son vascos, porque, además de haberlos pensado y escrito un vasco, han sido compuestos durante la ausencia de su lengua en la lengua de la presencia del vasco en Venezuela.

El primer relato largo, o novela corta, que ha sido dos veces finalista en el Café Gijón y que es el que da cuerpo al libro, tiene como protagonista a un gudari que formó parte de la Brigada vasca que salió en ayuda de los asturianos que trataban de cercar Oviedo a principios de 1937. El segundo relato nació entre Fuenterrabía, mi hogar, y la vecina ciudad de Irún, seguramente en homenaje subjetivo a O. Henry. El cuento sobre los gitanos, que recibió compartido el Premio Guría de Bilbao, no se refiere a nada que pase a los gitanos vascos, que los hay, sino de lo que ocurre a una familia de navarros sin mar un día de playa de Fuenterrabía, y que puede suceder a cualquiera que lea este cuento, si tiene hijos.

Si después de esforzarme en explicar todo esto hay alguien a quien parece todavía que estos relatos no son vascos, es posible que no lo sean; porque no hay que olvidar que las cosas son siempre, para aquellos que no le ven a la forma el fondo, lo que parecen.

El mar es una orilla muy larga

1

Es como acercarse a un muerto.

Uno sabe que ya no hay nadie en esa carne, en esos huesos que transparenta la piel, y, sin embargo, está el muerto en todas partes; le vive a uno el muerto en la tierra que está pisando todavía, en el cielo que ya no ve, en este silencio de mar largo, sin fin, que se oye sin que nadie tenga necesidad de ponerse a escuchar en la orilla. Uno, ese nadie, no sabe si está de pie, si sentado, si muerto. Puede que sea una broma. Puede también que no, que en el agua que están tocando sus dedos esté la orilla tranquila de un mar muy profundo. Acaso es ahora cuando comienza el cuenco grande de los océanos a llenarse de agua por los ríos, o puede también que sea al revés y sea el mar el que ha comenzado a regresar para siempre al cielo en que tiene que buscarse el origen de todo, y también el comienzo del agua de vivir. Uno tiene conciencia del misterio de que a esa nada que ha sido para nadie le están dando un puesto a la diestra de Dios, una infinitud invisible de la que está lleno el Todo, hasta el muerto, a pesar de que el difunto que puede ser la esperanza de uno mismo ya no vive en la tierra que toca, en los cielos que mira, en el silencio que ya no oye, en estos olores a muerto que ya no le importan.

Es como haberse ido sin saber que ya ha llegado al sueño para siempre.

Y encontrarse a los pies de un Tribunal; no el que le han dado a uno en la caridad del catecismo, y que uno ya sabe que es la Justicia, sino el juzgado de la real gana que le puede decir que se vaya en la paz y dársela graciosamente o le puede disparar un tiro para que se la busque uno mismo, si puede, en esa pesadilla de no saber si ha dejado un rastro de hombre en las manos o en los ojos que le han tentado el peso en las criadillas y le han visto perder el color de su piel; basta y sobra a veces ser flaco y dejarse transparentar el miedo de la sangre en el pellejo para hacer la diferencia de que le pasen al comedor o le desvíen al pudridero donde se secan las vidas de muchos muertos que hablan; o para que le despeguen a uno el calor de las vísceras, los tendones, la carne, los huesos, de los pocos litros de su propia sangre, no la de hacer chorizos, y se desarrugan entonces, y para siempre, los recuerdos grabados con el calor y el frío que sube del corazón o directamente del estómago, o le han entrado por los ojos o los oídos o por la piel blanca o negra o amarilla de la mano, según haya nacido aquí o más allá, haya tenido una madre o no, novia, mujer, hijos, o nada que le estorbe para morir. Sólo por haber nacido un día cualquiera en cualquier parte y sin saber si llega o está saliendo, si es para quedarse o está de paso, si es a comer mucho, poco, o nada, y con el miedo de comer la carne que es pecado, el pan que está caro, el vino que emborracha, y de ver demasiado con la luz, que no es bueno, o de quedarse a oscuras, que es peor, y oler a podrido día y noche sin saber si es a uno mismo o al vecino o si este olor a muerto que carga uno desde que nace, sólo por haber nacido, es de todos.

Es la angustia de no saber si uno vive entre los muertos o se está muriendo del mal de saberse entre tanto vivo como hay.

Uno no sabe si es uno mismo o es el pariente de alguien que está muerto y se mueve, o está vivo y quieto, sin poder morir. Uno se pellizca el muslo, como yo ahora, y soy yo, me oigo en la tela que es de otro, me siento en la carne que me duele. Y oigo los pedazos de voz pequeños, escondidos, que brincan a veces bruscamente, que salen de las mesas de los jueces, y oigo, no puedo dejar de oír, las voces de algodón que están domando; otras se quedan sin salir de la boca, que está abierta porque no la puede cerrar y ya seca de no poder hablar. Y se oye correr un hilo de madera, con saltos de aire breves como perdigones y muchos. Y es eso, la poca luz, el mucho frío en los pies de madera, en las manos de madera, en la cabeza de leña; de no sentir la nariz, de saberme sin orejas, de picarme los ojos en las legaña, que, si no, ni sabría con qué mirar las gentes que se me han adelantado en la fila en este cuarto tan grande donde uno tropieza de pronto consigo mismo, alguien a quien han puesto a morir y con ropas (pocas ropas), con la carne flaca, con muchos huesos y largos, con la boina de mi pueblo en la cabeza de roble partido, con medias en los pies, no con faldas sino con pantalón, con corbata, y con una gabardina de mi cuñado que murió en el frente, y del otro lado, hace un mes.

Acaso lo maté yo mismo.

Y no hay un guardia.

Puede estar el guardia muerto, como yo, o estar escondido debajo de una camisa blanca y sin un rescoldo de saber que ha muerto la paz para siempre, y comiendo harina de huesos molidos a palos, bebiéndose agua de ojos, viendo volar palomas sin el espíritu, tomando el vino como si fuese vino sólo, y el pan, pan, y repartiendo las de consagrar todos los días del año como quien sacude una alfombra o quien quita el polvo a unos pantalones de albañil.

Cosas de simple oficio, sin la malicia.

Me estoy haciendo poco a poco al olor y a la voz tapada de este cuarto grande que huele a muerto. Nos están pasando uno a uno frente a tres mesas seguidas dispuestas como si fuesen aparatos de verle a uno las tripas, y si tiene la sangre de ese color; si tiene rabo, porque a veces hasta rabo hay que tener y se lo ponen; si uno tiene hígado, si le quedan riñones; si uno se ríe, de qué y cómo; si le gustan los curas, si uno es aviador; si le alcanza la edad para apuntar de lejos a una cabeza y darle; si tiene los pies planos, si le salen puntas al corazón o lo tiene redondito y con algún letrado que no sea subversivo; si uno quiere a su padre aunque esté del otro lado; si uno tiene un hijo o una hija, si los dos, y por qué; y si, además, es casado, cosa oficial...

Y no hay manera de morirse antes, hay que ir pasando por esas mesas, una a una; dejarse ver los papeles, la vergüenza, el que la tenga, el miedo si se lo ven, la voz que le salga a uno cuando habla, la poca mirada que uno es capaz de organizar cuando se encuentra ante esos ojos como pozos que le están viendo a uno los calzoncillos, la camiseta zurcida, los huesos de la rodilla, los agujeros del calcetín, el corazón roto, un tiro en el pulmón (aunque está curado hace tiempo)..., una hermana tísica (y ahora viuda) en el sanatorio, mi padre paralítico, mi madre muerta hace doce años, mi novia arrimada a otro, y mi hija (si vive todavía) viviendo con su madre.

Todo esto le pueden ver a uno esas mesas en un momento.

Y más.

Necesito este documento. Uno no es nadie, y menos uno mismo, si no se lo dicen en un papel.

"Justo Aldanondo ... ¿es usted?..."

No hay más que oírle el silencio y las voces de hielo a este cuarto.

Está el hombre, ese Justo, de pie, comido por la sombra, diciendo con las manos la distancia, las alturas, unos palos, curvas y curvas, las que le puedo ver desde aquí, y detiene el brazo para que la voz sentada le diga:

"¡Hable más alto!"...

Y al hombre de pie le sale un chorro inusitado:

"Estuve allá hasta la guerra"...

El hombre del pantalón azul avanza con las dos manos sobre la mesa, como cuando yo me prosternaba en el confesionario, y al viejo se le arrodilla la voz, tanto que no se oye otra vez, y me veo entre aquellos dos brazos largos de don Inocencio y con su voz de un solo pulmón preguntándome en la lengua: que desde cuándo no había ido a confesarme; un mes y medio; ¿y medio?; sí...; ¿y por qué ese medio?...; pero la voz de preguntar era bondadosa y sentía yo en mi cabeza la mano blanda de Dios tocándome con la gracia de su perdón, y sin preguntar demasiado, porque no tenía El por qué preguntar tanto para saber, y me hablaba en amigo, a pesar de su edad, de comer el pan de los ángeles y de haber sembrado muchos árboles y haber traído el Viático a muchos abuelos como el mío cuando murió de la pulmonía y por tozudo, el pobre viejo; a pesar de eso, de estar tan arriba y tan en el secreto de la luz y la sombra sosegada y mansa del confesionario que estaba junto a la columna, don Inocencio me absolvía de mis muchos pecados con un signo de la cruz hecha con una mano larga y blanca de huesos que llegaban blandamente hasta mi cabeza para despedirme, sabiendo quién era yo y sin decirme nunca el nombre ni mencionar la burla que le hicimos un día que él subía la cuesta de la iglesia. Era eso, y los ojos de mi padre cuando me miraron hacía tres días y le dije que sí, que la guerra había terminado, y me vio desde detrás de sus cristales de agua con aquella resignación nublada de sus ojos azules pidiéndome que me agachase hasta su silla de ruedas para darme un beso en la frente... Y el hombre del pantalón azul y que tendrá hijos le habla al juez desde muy cerca, no se le oye la voz, y me recuerda a mi padre aquel día en que me preguntó por mi hija y no me quiso creer cuando le dije que no sabía dónde la había mandado su madre; y, sin embargo, era verdad, como la que está diciendo el viejo en la mesa, seguramente.

A pesar de eso, a pesar de saber que está haciendo un daño al anciano, no quiero mal al hombrecito que le está haciendo esas preguntas con alfileres desde detrás de la mesa de madera; este trabajo es de antes de llegar él al mundo por el hueco de su madre, y si tuviese la suerte de llegar al regazo de don Inocencio le perdonaría también. Yo, si pudiera, no haría menos. Tampoco le tengo odio al hombre de la mesa número dos, que lo que hace es ver los papeles a la luz de un libro negro como de contabilidad, en donde se vienen apuntando desde muy lejos las cuentas de los enemigos, porque esto es de

antes de que llegara el Cristo, y esa luz negra ni su padre ni su abuelo la han podido inventar solos. Con la jovencita, la de la mesa tres, no se puede, porque es mujer y es bonita y es la que entrega las tarjetas de identidad, las etiquetas...

"Otro"...

Hay dos muchachos que corren por la sala. Le están sonando estos niños al cuarto como un grillo a una caja de cartón. Se me ha ido juntando gente y gente a la cola. Ya está larga. La mujer que está entrando ahora sonriente es rubia, grande; tiene con qué reírse, si quiere. Se parece a mi novia, a Rosaura. Aunque Rosaura no tenía el pelo así y tenía los pechos más crecidos...

A Rosaura la perdí por mí, y con mi semilla en su carne y sin querer; por ser yo terco, de joven que era, y ella mayor que yo dos años y muy soberbia. Se la hice, la hija, en su propia cama, a donde le llegaba por la ventana noche sí y noche no, según; éramos vecinos de puerta. No he podido llegar después de ella a nadie; en el cariño, se entiende.

Son cosas viejas, de antes de la guerra.

La rubia de la cola está hablando con un joven que acaba de llegar vestido de buzo; él sonrío a la muchacha y ella no hace menos. Acaso hasta se conocen...

"Otro"...

Las mesas están siempre ocupadas; están los funcionarios sentados, y los que funcionan, de pie, menos el viejo que está ahora sentado frente a la señorita en la única silla que han dejado para los que vienen en busca, del papel. Hay estos tres empleados de gobierno sentados, parapeteados, detrás de sus mesas, y casi cien hombres y mujeres y niños esperando de pie en una cola rota que está hecha de alguna gente que no se movería de la línea sin una orden por escrito (así de tiosos están de pie sobre esta raya invisible y exigente de la cola) y otros más independientes o más ingenuos que están recostados contra la pared creyendo que ese puesto es de ellos por sólo haber llegado a su tiempo, y también está hecha esta cola de los dos niños anarquistas que llegaron a la sala a jugar a canicas.

No hay ni una sola de esas mamparas de madera que a veces plantan en las oficinas grandes para repartir la gran cueva en esos pequeños cubiles con ventanillas que sirven de mampuesto, y donde uno tiene que meter a juro la cabeza sin saber si le van a dar una bofetada; ni hay aquí un retrato, porque suele, también, haber un retrato viendo a uno el ánimo desde lo alto dondequiera que ese uno se le ponga, ni hay tampoco la estufa que ponen a veces en estos lugares desolados de las treguas cuando hace frío.

No hay nada de eso.

Este sitio debe ser una escuela venida a menos; muy a menos, parece; le queda, eso sí, el madero del Cristo colgado de la pared; aunque ahora sobran las cruces; a los Cristos ahora los callan, los acaban, o los dejan en clausura, o libres y sin madero de donde colgar sus brazos, para que no haya quien se fije en ellos cuando se consuman de soledad; así, sin el espectáculo, nadie los ve morir en martirio.

Hay muchas maneras de cazar al contrario.

En los pueblos cada uno sabe quién es el otro, y le pueden rastrear la sangre hasta los abuelos; muchos denuncian por puro miedo (aunque el miedo puro tampoco existe) de que les hurguen las familias, porque un abuelo liberal o reaccionario lo tiene cualquiera.

Cuando uno sabe que no le conocen las caras y que nadie sabe quién es quién en la ciudad, no tiene ese cargo de conciencia, porque uno, aunque lo sepa, no está obligado a saber a quién está haciendo el daño.

Es suerte que haya salas grandes como ésta donde no se conoce a nadie por la cara, donde sólo hay un libro mentecato, ignorante de los nombres de la provincia, donde sí me señalarían con el dedo: ¡Mariano!, y yo no sabría mentir, porque en el pueblo hay gente que ha visto nacer a mi madre.

Todo hasta ahora ha salido bien, y será gracias a... ¿gracias a quién será?... porque ya uno no sabe, ahora que ya se ha muerto don Inocencio, a quién quejarse, a quién darle las gracias después; y es que ya uno está perdiendo el instinto de mirar cuando llega el momento...

Es cosa de orientación.

Del Dios que llevaba don Inocencio no me puedo quejar; podría, sí, quejarme del frío ahora, pero eso no es de El ni de nadie especialmente contra mí, contra Mariano, porque he sido malo alguna vez, sino que hay otros muchos en la sala igual que yo.

¡Peor!

Porque yo tengo la gabardina de un cuñado que ya no la necesita, y estoy más abrigado que esas dos mujeres, azules de frío, que están conversando apoyadas en la pared, y más arropado que el hombre que está ahora sentado frente a la jovencita de los ojos claros, porque lo único que tiene encima de sus huesos es una camisa kaki; y estas mujeres y ese hombre no son peores que yo; la maldad, eso se ve a ojo; estoy mejor abrigado que esos dos chicos, aunque esos niños tienen la suerte de que se pueden mover por la sala sin llamar la atención, y uno no, porque ¿cómo va a empezar un hombre de pantalón largo y barba, aunque me la haya afeitado, corriendo por esta sala detrás de una canica de barro?

Este es un salón grande, y alto; cabrían tres hombres puestos el uno encima del otro; y el que se montase arriba pisando los hombros de quien sea, que podría ser un amigo que se deja pisar o un enemigo que no tiene más remedio que dejarse, podría saltar y guindarse de ese cordón que desciende dos metros a plomo para colgarse, no un hombre, porque un hombre colgado ahí sería demasiado, pero sí una bombilla, que es la única que alumbra aquí, y que han encendido a pesar de que ya es de día, porque todavía es temprano, o tarde (puede ser) para ver sólo con sol, aunque el sol dé en plena cara, porque el sol es la luz natural y más completa que alumbra al hombre con la condición de que no le ciegue los ojos, lo encandile; está la bombilla prendida también porque es invierno; aunque, por mucho que acostumbre llover aquí, hoy no está lloviendo; hay esa luz, la de la bombilla, y está también la poquita que entra por las tres ventanas grandes, donde faltan: uno, dos, tres cristales enteros y una mitad, y también hay uno partido, sin saltar, y que dan, las ventanas, a un patio, y lo que se ve es unos muros, unas espaldas grandes y rectas de cemento, con sólo dos luces prendidas, y que son como dos ojos, pero que están distantes el uno del otro, porque un ojo brilla arriba, digamos en la cabeza, y la otra luz me está viendo desde abajo, y es que los vecinos viven en una misma casa de pisos, pero tan distanciados que no saben el uno del otro lo bastante para prender las luces de acuerdo.

Esto es lo que se ve desde esta cola que está organizada (aunque no se vea un guardia) en la zozobra.

No es que esté oscuro fuera por lo temprano, porque ya son las ocho y media y a esta hora ya hace tiempo que están sudando los hombres en las minas y en las fábricas y en los talleres, y están helándose en los caminos y en las vías del tren.

En las oficinas no; para los que no tienen que sudar amanece el día de trabajo más tarde, porque ellos han sabido despertarse a tiempo.

Así va esta cola. Trabajosamente, muy despacio, y en silencio, como en las grandes operaciones de cerco.

No se está oyendo más que la cuerda de correr la canica sobre la madera, un entarimado viejo, de tabla ancha, mordido por la polilla en las Juntas, en las que brillan, porque no se las han podido comer, por lo duras, algunas cabezas descarnadas de clavos; y es bueno que corra de vez en cuando la canica de barro sobre la madera y con esos saltos en los huecos y todo, porque así al menos hay un hilo invisible al que seguir con los ojos sin despertar sospechas, aunque le pasen a uno la vista por la cara como un reflector, porque aquí nadie sabe quién es quién, es una clase de paraíso, y así hay oportunidad de decir al compañero de cola, que puede ser un chivato, que ¡qué muchachos!, porque esto no está prohibido, o de sonreírse uno mismo para sentirse el alma dentro.

Y también les nace a los dos chavales de pantalón corto de vez en cuando, porque no hay forma de ahogar esto en las post-guerras, una exclamación, y es que la canica ha pasado de largo, o es que ha dado una canica contra la otra y suena en este local, y para las gentes que viven este momento para la cola, como si las canicas no fuesen de barro como son, sino que fuesen de plomo, y dispara en los chavales unos gritos de victoria.

Siempre, aun cuando esté todo perdido para todos, hay alguien que cree que está alcanzando la victoria para siempre.

Se oye de vez en cuando la voz de callar de la madre de lo que deben ser los dos hermanos cuando hace: "¡chisst!"; no por nada, no porque el recreo esté prohibido por ley, pero por miedo de que cualquiera de los números sentados detrás de sus mesas (¡menos la joven, que no podría ser!) ponga sus ojos encima de los chicos y archive su rencor para cuando llegue ella sin ningún papel que valga en esta sala.

Yo no lo sé, claro, pero seguramente pensará la mujer así.

Digo yo.

Hace ya rato, y largo, que llegó la rubia, y hace más que me llegaron mis vecinos de cola más próximos: este hombre oscuro que no saluda ni mira derecho a los ojos, luego un hombre joven con lo que debe ser su mujer, una anciana con una bolsa de ir al mercado, vacía; y ocho, nueve, más, incluidos la rubia y el mecánico que está peinado a lo Gardel.

Esto es lo que viene detrás, y no por mérito de haber adelantado yo mucho, sino porque hay estos que han llegado después.

Delante tengo noventa y uno.

No me fío de este hombre que tengo detrás...

Este tubo gordo pintado de marrón que descende pegado a la pared será para lo que baja de un retrete; acaso vive arriba, o vivía hasta que reventó la guerra hace un año, un maestro de escuela; hay también esas telarañas en los rincones, que son las intimidades del tubo, y también en las juntas de las paredes, entre ellas mismas, porque también se encuentran las paredes. Hay todo este mundo de cosas que sólo se ven en algunos sueños, y no porque no las haya, sino que uno no tiene tiempo de fijarse como ahora, cuando veo a todo lo largo del interminable zócalo de madera un mate hecho como de un polvo oscuro, de no haber sido barrido en tiempo, aunque el suelo sí ha sido (roto y manchado como está) barrido en el día, o en la víspera, porque no se ve un papel ni una cáscara. Huele esta sala a... algo que tiene de común, de esos retretes de sentarse como sobre una mesa de madera y la tapa redonda con un boliche que es adorno y es asilla, y que huele, no a madera, propiamente, ni a cera sólo, porque algunas de estas mesas de cagar están enceradas, sino a algo más complejo que lo que uno hace dentro, una mixtura que está hecha de esos olores y también hiede a sudor de pujos y a secreciones de partes que no se lavan sino el verano, en el río.

A eso huele aquí a pesar del frío o por la guerra, porque, por lo cerrado, no corre el aire.

Ya el hombre de la boina (que la lleva en la mano, porque sobre la cabeza aquí no se puede) ha recogido su papelito, lo está doblando, y ha dicho a la señorita que muchas gracias, porque eso se ve, se adivina, de lejos, y la joven se le ha sonreído.

¡Es bonita esa mujercita cuando sonrío!

Se ha quedado ahora sin hacer nada, esperando, porque la mesa dos está reteniendo a una anciana más de la cuenta, y es que le están pidiendo el "certificado de penales", que la viejita no debe saber siquiera lo que es y de sus malicias; el funcionario se lo está delectando y de mal humor.

También el número uno está preguntando y preguntando a un mozo que debe estar en edad de disparar; es de lo que se ve al bulto; pero, además, parece que hay que estar seguro de que el joven no está en el catálogo o en el inventario o en la letanía o en el índice, y no él mismo, seguramente, porque este hombre hace un año era un niño, sino su padre o su abuelo.

Eso le pasa por tener su abuelo o su padre un vecino chivato; que si no, las tinieblas de este libro estarían a oscuras todavía.

La anciana de la mesa dos sigue sacando más y más papeles de la cartera. ¡Cómo puede haber tantos papeles que no sirven y cómo ha podido juntarlos todos esta viejecita!... ¡Ya no le sirven ni sus manos, que están temblando!...

Mi documentación sí vale, porque tiene los sellos y las firmas de reglamento; un salvoconducto como debe ser. Y no es legítimo sólo porque lo digo yo ahora, que esto no sirve, sino porque me lo han probado guardias y soldados y empleados de Ayuntamiento; ahora sólo me falta la tarjeta, un papel que diga quién soy a prueba de chivato y que vivo en la ciudad, en tal parte, que ésta es la casa de mi hermana tísica y en el sanatorio donde vive, y, atendido por una vecina amiga, mi padre solo.

Ahora conmigo.

Este salvoconducto que traigo vale lo que dice porque es un papel completo y más oficial que mi puesto de Sargento-jefe cuando subí a la cota 207 hace dos semanas.

Acababa yo en ese momento de nacer en el frente después de un entierro por derrumbe y luego de haberme vuelto el sentido que perdí debajo de cientos de kilos de tierra, y menos mal que con la cabeza metida en un cajón de munición lleno de aire, y a pesar de tener aún una pierna morada y de piedra, de un golpe; y, después de haberme muerto como diez veces, me mandó Antón a retaguardia, que eso era la cota 207, un altozano redondo como un pecho de mujer o como un divieso, como se quiera ver, y donde estaban cavando trincheras veintitrés hombres.

Cuando llegué a cubierto de la lluvia, que era una parte del zanjón con un tapado de latas unidas con clavos, y que goteaba, claro, yo no estaba aún entero, porque me estaba faltando todavía el aire, se me doblaban las rodillas y sentía la cabeza con un frío como de tenerla destapada y llenándoseme de agua; era por eso que, para sentirla entera, me tiraba de los pelos; y me sujetó un hombre, que después sé que fue Felipe, porque me vio mal, porque eso se debía estar viendo aún a esa hora, que ya eran las cuatro de la tarde, y en invierno y lloviendo y en guerra, con la luz como hoy, aunque ahora está amaneciendo, porque para ver, lo mismo da que la luz sea la de nacer o la de morir el día, y se me adelantó, digo, Felipe para ayudarme a conseguir el lugar donde goteaba menos y me hizo sentar sobre una piedra; él se iba a marchar después, pero le pedí que se quedara.

Y se quedó.

Yo lo veía mirando al agua que corría por sobre y entre nuestros pies, fuera y dentro de las botas, porque no hay calzado que preserve a nadie de un chapatal como aquél: agua y barro sobre barro y agua, que era toda la que llevaba la trinchera cavada a desnivel para eso, para el desagüe; y me preguntó Felipe entre aquel ruido metálico del agua contra la lata, si yo era el sustituto del Sargento Beika; le dije que sí; me dijo que estaba bien, y que él iba a seguir bajo mis órdenes lo mismo, trabajando con los demás muchachos, porque le habían pedido a él, como encargado del grupo de trabajo, que terminase aquella trinchera antes del amanecer, porque, dijo, podía haber una retirada.

Y se fue.

¿Retirada?, me dije yo, ¿si estamos atacando!

Descansé un rato, comencé a respirar con mayor desahogo, poco a poco, y empecé también a sentir mi cabeza entera y en su sitio otra vez, y también mis piernas, mientras llovía y llovía desde algunas fuentes inagotables, y pensando que si el Cielo es de algo que se puede tocar tiene que ser de agua; al menos en esta tierra; no se oía un tiro, sino aquel batir de tambor sobre nuestras cabezas; y se oían también los picos y las azadas, con golpes de corte y de agua, como dados entre algodones: "zuás", "zuás"... muy tristes.

Así se fue apagando, apagando, la ya escasa luz del cielo, como si aún se pudiese ver con menos, porque es verdad que se podían distinguir todavía los bultos.

Me levanté y fui caminando despacio por el río de la trinchera hacia donde sonaban, ya más cerca, los chasquidos de las azadas y los golpes más duros de los picos contra la piedra por sobre el doble de la lluvia; y saludé al primero que encontré, que fue un bulto de agua, y que podría ser también un tronco de árbol en la trinchera, pero no, porque se movía, y se detuvo y me miró, seguramente, y no me dijo nada, porque aquel trabajo era primero; y, luego de pasar por otros que estaban cavando en la misma dirección dentro de aquel río, tropecé con Felipe, porque él se me adelantó, y le dije que los hombres deberían descansar un poco, ¿no?; se me acercó más en el agua y me dijo que sería lo que dispusiese yo.

Así se hizo.

Cada quien se consiguió su piedra y nos fuimos sentando en aquel fangal de agua corriente bajo el tapado de lata, pegados el uno al otro, como pudimos.

En silencio.

Así, mientras oíamos caer estrepitosamente el agua sobre la lata, con los huesos como ensartados en un alambre de hielo, fue oscureciendo del todo.

Muda la noche de invierno y de guerra.

No se oía un tiro.

Y ciega, porque no le alumbraba un solo punto de luz.

Nada.

Cuando llegó aquel ramalazo de viento que nos azotó la cara, supimos que algo se había movido, de pronto, en alguna parte, y algunos de los veintitrés hombres se quejaron; por una vez.

Desde entonces comenzó a soplar el Norte.

Yo tenía mi posadera de la misma dureza y sensibilidad que la piedra en que estaba sentado, y me dolían las rodillas, las sentía de la consistencia de la madera, del aliso, que es una madera vasca siempre mojada y siempre verde por dentro.

Por eso, seguramente, por el miedo de dejar de sentirse en su sangre, se movían de vez en cuando una pierna, un hombro, un brazo, en aquel apiñamiento de hombres.

Nadie fumaba, porque nadie podía tener allá un cigarro seco.

Ni teniendo se hubiese podido encender la menor chispa en aquel punto de la línea, porque eso, en la noche de invierno de las guerras es un blanco seguro para el que está preparado con su intención y con su arma y, además, le dejan hacer el tiro.

Ese silencio era una orden, seguro; estábamos preparando un ataque.

Debía ser.

Así era siempre la fuente de estos silencios.

Mis hombres lo sabían, no había más que escuchar aquella mudez.

Pero había que continuar cavando la trinchera, porque la gente de Antón, que estaba agazapada en la cota 196, estaría confiada en que yo terminaría ese trabajo a tiempo de cualquier emergencia.

Y oí un ronquido; que alguien no podía más; y pensé que debía decir yo las palabras para despertar algo en aquellos hombres; yo sabía que no era un general, ¡cómo iba a ser yo un general!, pero comencé diciendo, más o menos, y sin levantar demasiado la voz, porque una que se alzase justo sobre aquel fragor de agua bastaba, que: muchachos, tenemos que hacer otro esfuerzo, porque si los hombres que están en la primera fila del

combate, defendiéndonos del enemigo común, tienen necesidad de replegarse en la madrugada (que no será, pero todo tiene que estar previsto), y hablé en la dirección en que suponía a Felipe sentado, deben encontrar listas estas posiciones.

Y me levanté; agachado, porque de pie no cabía, y dije, siempre sin alzar la voz más de lo necesario, que sería una traición dejar estas trincheras sin terminar; que sería bueno que no tuviésemos que cavar más trincheras en retaguardia, si es eso lo que estaban pensando ellos, y que sería mejor avanzar con la infantería y terminar con los inviernos y las guerras y llegar cada uno al verano de su casa, cerca de los padres o de la mujer o de los hermanos o de los hijos, y comer en la paz lo que hubiese, cualquier cosa que hubiese, aunque fuese muy poca, que a mí me gustaba la guerra menos que a nadie, que yo odiaba la guerra; pero que teníamos que salir adelante, porque ésta era una prueba para hombres, y que salir con bien de este desafío exigía sacrificios grandes, como éste de estarnos sin comer y mojados y helados horas y horas sin ver una luz, sin que todavía se pudiese dar nadie un descanso.

Eso les dije, y nadie se movió; aunque sí se había apagado el ronquido.

Pensé que ellos serían hasta mejores soldados que yo, pero en ese momento me tocaba hacer a mí, que era el que tenía la responsabilidad de hablar las cosas que tiene que decir todo el mundo en estos apuros.

Y los hombres no se movían todavía.

Entonces pregunté a Felipe, que era el único con quien había tenido oportunidad de cruzar una palabra, a ver qué le parecía, que teníamos que volver a trabajar.

Sentí a alguien que se levantó a mi lado y me dijo con la voz cansada de Felipe que si lo ordenaba tenía que ser así; luego fueron levantándose los demás, despacio, que eso no se veía, propiamente, sino que se oían y se sentían los bultos vivos cerca.

Yo salí al sirimiri (que ya la lluvia había bajado a eso) como los demás, y al viento, porque fuera corría un norte frío que cortaba como una guadaña. Los hombres tardaron bastante en conseguir a tientas sus herramientas; pero comenzaron, por fin, a sonar otra vez los golpes lentos y mojados de las azadas en el fango.

Por mucho que me esforzaba, no lograba sentir mis piernas; ya tenía el cuerpo sobre zancos; hechos de alguna madera; ¡no, de metal!; y esa idea me horrorizó, porque la madera al menos vive todavía después de muerta en el olor, en el calor; traté de caminar y tropecé con algo que debían ser arbustos; sacudí los brazos contra mí mismo, me golpeé la cara, una cara sin nariz y sin orejas, con unos ojos que no veían, con una boca sin dientes que no podía abrir, tieso el cuerpo aterido, como esas ropas colgadas de los alambres después de una helada.

Se oían los golpes: "zas", "puf", "pic", "zas", cruzados, a destiempo, algunos juntos por puro azar, entre el caer blando y persistente de la llovizna astur.

Me alegró pensar que Antón estaría escuchando aquellos golpes, porque no se oía otra cosa en la noche del valle. Ni un tiro, ni la voz de un animal, que había, seguro, conejos y liebres y erizos escondidos, asustados, en aquel monte; ni se olía tampoco a nada que no fuese a humedad, porque era un momento sin nada más que el agua fría envuelta en la oscuridad de limbo, que era como estarse muerto, pero sabiéndose muerto, algo que no puede ser, pero que es, porque eso es lo que sentí, y uno no puede sentir en el cuerpo una mentira.

No sé del tiempo, porque uno no sabe cuánto duran estas cosas, cuando me llegó la voz apagada y leal de Felipe diciéndome que ya la zanja estaba donde se podía dejar, y que los hombres no podían más tampoco, y que uno, Aureliano, había muerto.

¡Muerto!

Sí, lo acababan de levantar entre dos, en balde, y a ver si podríamos regresar a sentarnos un rato.

Le dije que sí, asombrado.

Yo mismo pedí a Felipe que me ayudase a llegar allá, porque no sabía ir solo; me pierdo por nada; la orientación no me funciona a mí; él, Felipe, podía, porque veía en la noche; no hubiera podido, si no, llevarme por todo, ponerme frente al silencio del muerto y volverme a dejar sentado en la misma piedra de antes.

Después sentí que llegaban uno, otro, los bultos, tosiendo, llorando llegó uno, que es cuando hice un esfuerzo para hablar y decir que: ya está bien, muchachos, no podéis hacer más, porque el hombre no lo puede hacer todo, y vamos a esperar que amanezca, que es posible que nos traiga la victoria, y a la victoria no se le recibe llorando, aunque a uno se le haya muerto un camarada, ¿entendido?...

Nadie se movió para un sonido, y no había por qué molestarse tampoco, porque ni yo mismo creía en las palabras.

Pensé entonces que estábamos todos menos el muerto.

Pero al rato sentí que llegaba alguien, arrastrándose, y Felipe me aclaró que eran dos hombres que traían a Aureliano; que él mismo los había mandado a buscar, y si estaba bien.

Claro.

Luego oí un murmullo de voces y sentí que se estaba moviendo gente a mi lado; tuve que salir yo también, porque estaban poniendo al muerto debajo del tapado de lata; no sé para qué.

Ya todos estábamos otra vez con el cielo de agua encima, y yo de pie; Felipe me trajo la piedra, y me senté.

Los demás se fueron sentando también.

Y aguantamos horas en aquel limbo de hielo, esperando que naciese el día por alguna parte.

Llegó en un trasluz vacilante entre la niebla, a mi izquierda; que eso no es el sol que ha salido por donde no es, aunque a veces uno esté tentado de pensarlo, sino que es uno el que se ha cuadrado mal, o lo que sea; y fui descubriendo las cabezas, que estaban apretadas como en un racimo, y contándolas; faltaba el muerto, claro.

A ese día lo vimos llegar todos, porque era fácil adivinar los ojos de aquellos bultos pendientes de la niebla que se iba transparentando como un algodón cuando lo ahuecan mucho.

Sonó un tiro.

Sólo uno.

Luego volvió el silencio; aunque ya con el eco dentro.

Yo me levanté como pude y me puse a mirar por encima del parapeto cuando se descolgó aquella hilada de tiros.

Ya no hubo paz en ese día.

Comenzaron a sonar unos "pac-um", "pac-um", intermitentes, como si fuesen tirados al azar, pero por una orden, y comenzaron luego los silbidos largos en zig-zag y las explosiones, y se fueron montando así, uno sobre otro, primero como orquestados, los ruidos, hasta formar un tropel que ya no permitía distinguir un tiro de otro.

Entonces vi al muerto bajo el cobertizo; no sé todavía para qué lo tuvieron que poner allí.

Estaban los hombres limpiando el fango de la zanja, porque hacía un rato que había dejado de llover, cuando nos llegó un lamento largo y quejoso por sobre el balerío, y se oyó claramente una voz que gritó algo a alguien que debía ser el herido.

¡Había comenzado la ofensiva!

Mi gente, con un camarada muerto, estaba de piedra.

¿Les iba a repetir las palabras?

El trabajo estaba hecho, y el deber mío y el de Felipe y los demás hombres era esperar en nuestros puestos.

Nosotros, desde los parapetos y a la distancia, hubiésemos podido ver las posiciones en que estaban los hombres de Antón, pero había una neblina blanca y espesa pegada al valle.

Mientras duraba este fuego, fueron viajando las nubes cargadas de agua y se fue despejando poco a poco el cielo; hasta nos llegaron algunos ratos de sol, de un sol blanco y frágil, que, sin embargo, absorbíamos con fruición, sin movernos, sentados en el suelo.

Así fui descubriendo sus caras por primera vez, y eran todas nuevas.

Los hombres me miraban, y yo pensé que con algún rencor.

¡No los podía estrujar más, era verdad! Ya los huecos eran lo suficientemente hondos para esconder a un hombre de pie; estaban bien.

Les dije que podían descansar.

Calentar un cuerpo yerto al sol, y con este sol blanco, toma también su tiempo; se me fueron despertando primero las manos y la cara; no sentía aún las piernas, pero podía hablar; llamé a Felipe, que estaba más entero que yo, y le dije que qué le parecía aquello.

Felipe estuvo un rato escuchando el tiroteo, que estaba cargándose de nuevos truenos, que se estaba espesando aún más, y me dijo que no sabía qué decir, que él creía que habíamos hecho todo lo que podíamos en aquella cota, que era abrir las trincheras.

Le dije que sí, y recuerdo que le puse una mano en el hombro para decirle que el hombre tiene una medida, y que la nuestra estaba marcada en ese momento por aquellas zanjás, ¿no?

Me dijo que sí con la cabeza.

Luego, cuando seguí la dirección de su mirada, llegué con la vista al muerto, que tenía la cara de tierra, y le dije que debíamos enterrarlo; ¿era viejo?

No viejo, pero estaba enfermo del corazón.

¿Por qué vino si estaba enfermo así?

Felipe alzó los hombros, que es cuando sentí un zumbido, como de abeja, y pregunté con los ojos a Felipe si lo estaba oyendo, y él me dijo que sí, que eran aviones.

El ronquido se fue llenando de más y más ruidos delgados como ruidos de hilo sonoro y ronco, hasta que dije yo mismo a los hombres que se fuesen metiendo bajo el cobertizo; ¡sin correr!...

Así rodeamos al muerto.

Fueron siete aparatos, pesados, lentos, y yo estaba seguro de que iban a vaciar la carga sobre la cota, para desbaratar todo nuestro esfuerzo; vi el mismo susto en la cara de mis hombres; pero los aviones cruzaron nuestro cielo, que a veces se parcelan los cielos también, y fueron a vaciar su carga más abajo, sobre la gente de Antón, con su estruendo impresionante.

Retembló a cada golpe de bomba el suelo.

Los aviones dieron un ruedo grande y lento sobre el lago de niebla y humo que teníamos a nuestros pies y que ya comenzábamos a oler, un olor acre, y regresaron por una línea que pasaba justo por encima de nuestras cabezas.

Quedó sólo el temblor estremecido del eco: "bang"... "bang"..., como dentro de una caja.

Cuando se apagó el retumbo, y antes de morir el ruido de los motores, que aún se oía, ya sordo, contra los puntos sueltos de los tiros de fusil y también algunas voces y quejidos, comenzó a llegar otra ola de aviones, esta vez once bombarderos, y de nuevo pasó la formación sobre nuestras cabezas, ya despabiladas y, por eso, más conscientes del miedo, y vaciaron su carga como antes; y vino todavía un grupo de siete más y dejó caer las bombas otra vez en el mismo martirizado pozo de nubes y humo.

Todo eso fue cosa de quince minutos.

Lo más.

Los hombres salieron entonces a estirar las piernas.

Yo dije a Felipe, que nunca estaba muy lejos de mí, que cómo podía comprender él que no les tentase la 207; ¿no se habrían dado cuenta de las zanjás, o qué?

Felipe no supo explicarse eso tampoco.

Le dije que me gustaría bajar yo mismo a las posiciones de Antón y su gente.

Felipe se quedó viendo la niebla, que hacía un rato que había comenzado a subir en nuestra dirección, con humo y todo, por el viento, y como diciendo que sería mejor esperar un poco más.

Tenía razón, porque mi puesto estaba en la 207, para lo que saliese; yo, entonces, era un soldado. Felipe hubiese sido un buen sargento; mejor que yo.

Se seguían oyendo voces, continuaba espeso el fuego; la niebla nos envolvió otra vez; y me di cuenta que las voces y los tiros se iban alejando; aunque podría ser también una burla del viento.

Rápidamente se fue haciendo la noche.

¡Tan pronto!

Y era por la niebla, que se fue haciendo más y más espesa.

A todo esto los hombres se habían sentado otra vez, y con cierta unción, al lado del muerto.

Hacía ya mucho rato que no llovía.

Estaba en esta indecisión de sentarme de nuevo cuando oí que me llamaban:

"¡Mariano!"...

Yo dije:

"Zer!" (qué)... instintivamente, y miré a mis hombres, porque podía ser una obsesión mía; pero los vi mirando también en la dirección del grito, y estuve seguro de que había sido la voz de Antón la que dijo después, claramente, aunque como un eco blando:

"Goazen!"... (vamos), que me encendió por dentro y que mis hombres no podían comprender, porque eran de aquella tierra y no de la mía, que eso se ve por encima y no tuve necesidad de preguntar, y entonces ya no era que nuestro batallón se estaba replegando a la cota 207, sino que estábamos avanzando, y grité:

"¡Iiaaa!!"...

Me salió de no sé dónde, y abracé a Felipe, que no hizo sino sonreírse, por el cansancio, y también, acaso, pensé yo, porque no creía él que pudiésemos avanzar después de aquel castigo.

Yo pensé que era un pesimista.

Y miré a los demás, que estaban cansados, agotados, y sin ganas siquiera de mirarme, y comprendí muy bien que aquellos hombres no estuviesen para celebraciones.

Di la orden de bajar; de recoger las herramientas y comenzar a bajar todos hacia la carretera.

Los hombres se movieron, para mi impaciencia, muy despacio en la niebla; hubo uno, cojo de una pierna, que me miró desde abajo y escondió inmediatamente su mirada, y mientras me dolía esta desconfianza y desesperaba de esta lentitud me dijo Felipe:

"¿Y el muerto?"

La verdad es que en ese momento ya no me acordaba del muerto; será imperdonable y todo, pero es así; no dije yo entonces a Felipe eso, sino que sería mejor enterrarlo allá mismo, antes de salir, aunque eso nos tomase unos minutos.

Felipe pareció aceptar; pero, después de haber dado dos pasos para comenzar a irse, me dijo:

"¿Adónde vamos?"

Yo no sabía adónde íbamos a parar entonces; quería bajar a la carretera cuanto antes por eso, para tener noticias de Antón, que estaría esperando con su gente; y hablé así, en voz alta, con Felipe esta preocupación, que fue cuando él me dijo que el muerto era del pueblo a ocho kilómetros, bajando, ¿me parecía bien que lo bajásemos para enterrarlo en el cementerio?; era por no abandonar al muerto allá...

¿El muerto era de aquel pueblo?!

Felipe me dijo que sí.

No había otra forma de salir en camión de aquel valle que por la carretera, y de cualquier forma teníamos que pasar por el lugar; podíamos dejar descansar al muerto allá; ¡qué mejor suerte que caerse muerto en una guerra y sin zancadilla, así, en su mismo pueblo!; y dije, además, a Felipe que hiciesen una camilla con dos palos y el capote del muerto.

Así lo fueron haciendo; lo estuve viendo yo mismo.

Se afanaron todos ayudando.

Ya no se oía un tiro, ni una voz, ni llovía.

Así, en esos preparativos de salir, se nos fue como un cuarto de hora, y yo inquieto por Antón.

La niebla se hacía más y más densa a medida que bajábamos, y costaba seguir el sendero; primero iban cuatro hombres con el muerto, luego Felipe y yo, y detrás, en grupo cerrado, los demás.

Yo me acerqué a Felipe con sólo detenerme un paso, porque él venía detrás aunque muy cerca, como conmigo, y le dije:

"Arriba con ese ánimo, carajo..." Que ya estábamos avanzando, que el trabajo había sido duro, y hasta había habido un muerto, pero que eso era ya cosa pasada, que yo me sentía como si estuviese volviendo a casa después de una guerra larga.

Era verdad que me sentía así.

Y que tendríamos en el pueblo qué comer y qué beber; que un trago de vino vendría bien, ¿no?...

Felipe asentía, y era que sí, que estaba conmigo en todo, pero que no le daba el cuerpo para alegrarse por su cuenta.

Era eso.

Y yo le comprendía muy bien.

Así que llegamos a la carretera, una vía estrecha entre dos hileras de cerros, algunos cortados a plomo sobre un río de piedras, porque río y carretera iban juntos.

La carretera estaba sola y neblinosa, no se veía a más de cinco o seis metros, justo donde llevaban al muerto, por turnos de cuatro hombres que llamaba Felipe por sus nombres de pila; así supe que el cojo se llamaba Constantino; el grupo de hombres iba detrás; y yo (y Felipe también) miraba al frente, esperando ver un camión parado o acaso un hombre sentado, alguien de la gente de Antón esperándonos para un recado, una orden.

Pero aquella carretera de vaguada seguía sola, y silenciosa.

Así caminamos horas, porque ocho kilómetros, cuando uno está tan roto y lleva un muerto encima, son muchos metros.

Fue Felipe quien descubrió una bota, y nada más hasta que llegamos al pueblo.

No al pueblo, propiamente, sino a una cruz de camino, y Felipe se dirigió a mí con la mirada.

Le pregunté si eso ya era el pueblo, porque no recordaba haber visto esa cruz subiendo yo al frente en camión hace unos días.

Felipe me dijo que sí.

"¿Conoces el pueblo?", le dije.

Y Felipe me dijo:

"Sí, es que nací aquí" ...

¡Cómo!

Sí, Felipe había nacido en ese pueblo.

¿Y el muerto también?...

También.

Me molestó descubrir de pronto que Felipe fuese tan allegado al muerto: ¿cómo no me lo había dicho antes?

Y habían nacido también, o al menos vivían en ese pueblo, todos los demás que venían en el grupo...

¡¿También?!...

También, era verdad.

¡Y me lo estaba diciendo Felipe con aquella desgana, como si eso no fuese noticia! ¡¿Estaría en sus cabales este hombre?!, y le dije, por decir algo, que qué suerte tuvieron ellos todos de estar juntos en un grupo de zapadores, ¿no?...

Felipe me dijo que sí, que así era.

Había un repecho en la entrada del pueblo, y ya estábamos viendo las primeras casas entre la niebla, como un dibujo.

Yo vi desde abajo el cuerpo hundido del muerto en la litera contra el blanco de la neblina en la cumbre, como un saco.

Felipe se me había ido quedando un poco atrás en la cuesta, y vi que venía hablando con los hombres, acaso para un nuevo turno de la parihuela.

Es cuando alguien que yo no había visto a un lado de la carretera, y casi detrás de mí, gritó:

"¡Felipe!"...

Yo volteé.

¡Era un cura!

No es que tuviese yo nada contra los curas, al contrario, me recuerdan a don Inocencio, pero sí era raro que en ese lugar, y por circunstancias de la guerra, hubiese ahora uno saliendo para abrazar con aquella alegría a un soldado.

Me quedé viendo a Felipe estrechando con sus brazos al sacerdote, ¡y llorando!, y se me ocurrió pensar, tonto de mí, en cómo iba a quedarle de embarrada la sotana.

Pero por poco tiempo, porque hubo unos gritos, y ya todos, todo el mundo reducido de mi gente, formaba un solo montón con el cura, y ¡supe al instante que estaba en territorio enemigo!

No me moví, porque no pude en ese momento de estar todos reunidos en torno al muerto en la mitad de la carretera, con el cura rezando un responso y los demás acompañándolo con el padrenuestro, y sin nadie que se ocupase de mí, pero amarrado yo al piso de galipot como con clavos, y oyendo unos gritos de mujer como si alguien que está loco hubiese comenzado a pisar las teclas de un órgano, con esos lamentos que salen de los tubos del coro en los funerales de la Iglesia cuando entierra a un rico, y es que estaban llegando más mujeres y se iban abrazando todas a todos los hombres y al muerto, y también algunos viejos y una viejecita que dijo:

"¡Hijo!"...

Y que lo oí como si lo estuviese escuchando, la palabra, por primera vez en mi vida.

Todo eso salió de ese pueblo, ¡aunque hace un minuto parecían vacías las casas!

Se fue formando como una procesión en dirección a lo que terminó siendo una plaza y el Ayuntamiento, donde un hombre comenzó a izar una bandera. ¡Cómo no me había advertido Antón de que estos hombres eran presos!

Ya era tiempo de salir de aquel pueblo caminando otra vez...

¿Hacia dónde?

Para cualquier lado, ¡porque me podían fusilar!...

Así me fui quedando.

No yéndome hacia alguna parte, sino quedándome donde estaba, que era una forma de salir huyendo, porque el grupo iba creciendo con hombres viejos y con mujeres, sobre todo mujeres que lloraban abrazados a sus hijos, a sus hermanos, a sus maridos, a cualquiera del pueblo, por sólo volverse a ver, que era que estaban vivos todavía; y, cuando se dieron cuenta que habían izado la bandera, comenzaron a cantar; ¡con aquella devoción, y con aquel clamor!

Así fue como comenzó a llover de nuevo.

Que es cuando me le recosté yo a una columna del ayuntamiento y me le fui rodeando su vientre de piedra hasta quedarme dentro del pórtico, donde no se veía nada, por lo oscuro del día, y la hora, y por la guerra que ciega a los hombres, y porque ya, de todas maneras, debía estar oscureciendo.

Y no habían prendido todavía ninguna luz, cuando alguien la reclamó, y otro dijo que habían volado la central eléctrica.

Luego que estuve un momento detrás de la columna, que no sé cuánto, porque quise estar seguro de que no me seguía nadie, me moví hacia una escalera de piedra que daba a un pórtico y por donde me podía ir, ¡yo no sabía a dónde!, y ya estaba en eso, en avanzar a tientas sobre un piso de adoquines en su dirección, cuando vi que entró una sombra desde la plaza, y sentí los pasos y oí una voz apagada:

"Oiga, oiga"...

Era Felipe.

Hice que no lo oía y seguí avanzando por el portal, que era un túnel corto, hacia la calle, y Felipe dio entonces unos pasos: "paf"... "paf"..., a pesar de pisar piedra, por el barro de sus botas, y dijo:

"Oiga"...

Y yo nada, avanzando despacio, hasta que me llegó a tocar en el hombro, sin brusquedad:

"Oiga"...

Ya no tuve más remedio que detenerme, ¡con el corazón loco, sudando hielo en la frente!, delante de Felipe, sin casi verlo, claro, y sin decirle nada, porque no me salió palabra.

El me agarró del brazo y me haló suavemente para llevarme por la misma calle por donde pensaba irme, viendo los bultos algodonosos de unas casas de pisos.

Luego, cuando ya estábamos fuera de la pequeña calle de casas, me empujó un poco contra la pared de piedra, y yo lo sentí cerca por primera vez, porque me dio su aliento en los ojos, porque era más alto que yo, y me dijo:

"¿Qué va a hacer?"

El oyó mi silencio, y me puso la mano en el cogote, como de alguien que quiere llegar a algo más personal que ponerle a uno la mano encima del hombro, por puro afecto, lo sentí; estaba lloviendo; me fue empujando después blandamente, sin yo resistirme a la bondad, por detrás de lo que vi que eran unas casas, por una vereda que deslindaba las casas de pisos de un campo o unas huertas, algo despejado, y me hizo torcer hacia la derecha para meterme en un portal con piso y escalera de madera ya vieja, y a pedazos rota, desfondada, y me fue empujando hasta que subimos al primero,

al segundo piso... y al tercero, que era el último piso de aquella casa, porque vi el rectángulo del tragaluz del techo, y adiviné la puerta que tocó Felipe, que estaba debajo de la claraboya, que era la que quedaba, subiendo, a mano izquierda.

Estaba cerrada, y nadie dentro.

Entonces me dijo:

"Espéreme"...

Se separó de mí, y volvió otra vez:

"No se vaya, por favor"...

Oí que bajaba saltando las escaleras, con aquellos golpes porosos de bota mojada y blanda contra la madera.

Me sentí solo y preso.

Para sacudirme el miedo caminé el descansillo de madera, que tenía seis pasos y medio de mis patadas, y palpé la puerta que había tocado Felipe y la otra, que no se veía, que estaba en frente; puse mi oído en las dos, una después de la otra, y no oí nada.

Pronto comenzaron a subir unas voces y gritos y ¡vivas! por el tubo de la escalera, y estuve seguro de que me había traicionado Felipe; ¡era natural!..., y sentí miedo, y prisa por huir, ¡por el tragaluz!, ¡por el tejado!, y me monté de un salto y sin saber cómo sobre la baranda de madera para intentarlo, cuando la bulla se fue con la gente que había pasado por delante de la casa...

Pensé en Felipe otra vez, y me dije que seguramente no quería hacerme daño.

Pero habría otros en el pueblo, el Alcalde, o cualquier Concejal, o un hombre que tiene miedo, sencillamente; cualquiera, que no es novedad que alguien, más si es cobarde, quiera ganarse un mérito o el puesto de guardia de montes o el de cartero o cualquier otra cosa, y podrían llevarme al cementerio en la madrugada, ponerme contra la pared de piedra y barro y dispararme los tiros, como a otros.

Podía ser cualquiera de los hombres que estuvieron conmigo; y ahora, desde la distancia, y con la experiencia, comprendo algunas miradas; una de un cojo, cerca del muerto, y que pensé que sería cansancio, pero que podía ser odio muy bien.

Me aguijoneó otra vez el impulso de irme.

Tenía que salir del pueblo en la dirección contraria a la cota 207; y eso era fácil, porque era seguir río abajo, porque los ríos siempre van a dar al mar, que era hacia donde estaban echándonos, y el mar era ancho y hasta podía conseguirme un bote o encontrarme con Antón y su gente.

Pero sentí los pasos saltados de tres en tres por lo menos de alguien que sería Felipe, y otros más abajo, y más lentos, ¡y podían ser de un cojo, alguien que camina con dificultad!... ¡Constantino!...

Y sí fue Felipe.

Y detrás subía, ahora que le estaba hablando, una mujer.

Cuando llegó Felipe al descansillo, me tanteó en lo oscuro, fue derecho a la puerta, metió una llave y la abrió de un pistoletazo en el silencio; luego me agarró del brazo y me metió en un pasillo muy corto, con dos huecos de puerta, muy bajo de techo, porque rebotaban cerca las palabras de Felipe y las de su mujer, porque ya supe que era ella por la conversación.

Felipe me sentó en una silla de paja, porque la toqué con los dedos, y luego prendió un fósforo que le entregó ella, y después una vela; ya comenzaba a ver.

Olía a esperma y a fuego, a cosa caliente.

Me encontré sentado en la cocina.

Ella se dedicó, y cojeando un poco, a prender la económica con viruta de la carbonera que olía muy bien, a mis abuelos, que eran carpinteros los dos, y sólo con eso era suficiente para no sentir más frío, que, la verdad, ya no me preocupaba tampoco.

Felipe mismo me ayudó a quitarme la chamarra, que pesaba muchos kilos de agua, y la dejó caer, con un ruido: "puf", sobre la mesa.

Me pareció haber quedado desnudo.

Felipe mismo, aunque estaba tan mojado como yo, salió y regresó al instante con una camisa a rayas azules que dejó sobre la mesa, y me ayudó a quitarme la mía y a vestirme la seca, que parecía que estaba untada con fuego.

Lo sentí.

La lumbre había encendido la cocina, movediza por las sombras; había quedado también la vela sobre la mesa, que era una mesa grande, de pino; eran dos sombras bailando.

Luego dijo ella a su marido (le vi por primera vez bien la cara, una cara redonda y tranquila) que se mudase también, que tenía las ropas en su cuarto, que gracias a Dios que estaba vivo!

Yo vi que ella me miraba como si yo fuese parte de aquel milagro; aunque yo lo hice sin querer, pero acaso por voluntad de El, del Dios de don Inocencio, de servirse de mí y en favor de Felipe y su mujer y sus hijos, y también en mi beneficio; estaba a la vista que era así.

El dijo a su mujer que tenía ganas de ver los hijos, que dónde estaban.

Con su abuela.

Muy bien, porque los había visto hacía sólo media hora.

¿Cómo supieron en el pueblo que venían?

¡Ah, por los tiros!, y luego porque eso corre enseguida; nadie se atrevía a nada hasta que llegaron ellos, porque las tropas estaban aún en otra parte..., pero ella iba a buscarle la ropa, para que se vistiese en la cocina, que estaba más caliente.

Cuando regresó ella con la muda y la camisa y el pantalón, él la besó, y ella se quedó abrazada del cuello, llorando.

Yo pensé en mi madre, que está muerta, y mis hermanas, la que murió y la otra, la que está enferma, y me vinieron también mi novia y mi hija que no conozco, porque ya he cumplido los cuarenta y ha habido invierno, guerra, desde hace más de un año, y uno se ha sentido morir muchas veces.

La mujer estaba diciendo que le había dicho don Servando que Felipe iba a ser alcalde del pueblo al volver.

Felipe me miró, y yo no le podía decir nada, porque no sabía, siquiera, en qué dirección podían venir las cosas.

Felipe me dijo que el grupo de hombres que me había acompañado en la cota había estado preso por casi un año, y hacía sólo dos semanas que los habían mandado a cavar trincheras... ¿no sabía yo eso?

Le hice una señal con la cabeza de que no, que cómo iba a saber yo una cosa así.
¿Qué hubiera hecho yo con él y sus compañeros de cárcel y de trabajo si lo hubiese sabido?

Yo no sabía, no podía ocurrírseme nada en ese momento.

Felipe comprendió, porque lo dijo:

"Claro"...

Y comenzó a desnudarse, se fue quitando toda aquella agua de encima, y mientras se iba vistiendo me dijo que me quitase yo también los pantalones:

"¿Hay unos pantalones?"...

Y la mujer salió a buscarlos.

..."¡Y unas botas, que éstas las tengo mojadas, ¿no?!", dijo levantando la voz.

Y se rió por primera vez.

La mujer de Felipe llegó con la ropa, puso unos pantalones en mis manos y salió.

Era que podía desnudarme.

Así nos fuimos vistiendo Felipe y yo, y nos quedamos sentados y descalzos frente al fuego, un fuego tapado por los hierros negros y redondos de la económica, pero que de sólo las rendijas llenaba de luz y de calor la cocina. Ya su mujer había sacado el vino y nos bebimos el vaso de un trago; se me terminó el mío antes de comenzar a gustarlo; luego sentí un calor de fuego, agradable, en todo el vientre.

No nos atrevimos a celebrar nada.

Mientras nos llenaba otro vaso y rebanaba luego un pedazo de jamón, ella seguía contando nerviosamente a Felipe, y a mí, episodios del pueblo, de cuando lo agarraron a él y lo llevaron a la cárcel; de cuando la gente fue a preguntar por él, que ella sabía que era de mala intención, ¡y hasta lo podían haber matado!, y de cuando los niños preguntaban por su padre, y de la guerra, del hambre, los tiros, todo, y de cuando le dijeron que ya habían entrado los suyos en el pueblo, y pasaron, apurados, sin Felipe, porque su marido no aparecía todavía:

"¿Dónde estabas?"...

"Con él", y Felipe me señaló con la mirada.

Entonces Felipe me dijo que podía estar tranquilo, que me iba a ayudar, ¿quería eso?

Le dije que sí.

Me dijo que él iba a salir, y que me quedase en casa, que ¡no me moviese!

Bueno.

Que no abriese su mujer la puerta a nadie: "¿entendido, Matilde?"...

Matilde dijo que sí.

Felipe explicó entonces que iba a ir al Ayuntamiento, que iba a hablar con don Servando y que iba a traerme un salvoconducto para que yo llegase tranquilamente hasta donde quisiese llegar, ¿entendido?...

Claro, y le di las gracias.

Felipe y su mujer estuvieron hablando un rato en la puerta, y oí que la mujer insistía en un nombre, en Constantino, que era como había llamado Felipe para su turno de la parihuela al cojo de la mirada torcida, por cansancio, seguramente; o por odio, podía ser. Pero estaba en manos de Felipe, gracias al Dios de don Inocencio.

Cuando Felipe se fue, me puse a pensar dónde podría ir yo a parar entonces...

Y cuando lo pienso ahora, que estoy en esta cola, me parece un sueño; falta sólo que pasen dos mujeres para presentar mi salvoconducto en la primera mesa.

Para eso, para que pase el tiempo, no hay cosa mejor que ponerse a vivir atrás, donde no está ya uno, y donde todo pasa tan pronto; y es que, además, a partir de Felipe se ha vuelto la guerra del revés, como una chaqueta vieja que uno descubre, por la necesidad, que está nueva por dentro; que será todo de Dios, del Dios de don Inocencio.

Se han ido los chicos, con alguien que no es su madre, que sigue esperando en la cola; y ya no hay más ruido que el de uno que tose de vez en cuando, un viejo de los que llegó tarde, y las tres voces con sordina de la autoridad, dos hombres y una mujer, y algunas respuestas roncas del susto.

Aún tengo a este hombre turbio detrás, ¡que lo siento montado sobre mi cogote!... Lo miro, y ¡huye los ojos! Así, igual, pero después de mirarme un momento, los bajaba el cojo, Constantino...

El resto de la cola está aún muy larga, con la ventaja de que yo ya estoy llegando, por lo temprano que vine esta mañana.

Estoy viendo a los funcionarios de más cerca. La muchacha que está extendiendo los carnets es bonita. También se parece a Rosaura. Me la recuerda toda a pesar de los años. Tiene unos ojos azules claros muy hermosos que podrían ser también los de mi hija. Sería demasiada paz después de esta guerra; cuando me siento tan solo y tan cerca de este hombre que puede ser un policía, y a la vez tan próximo de la estrella buena de Felipe, que es una señal, aunque este lucero haya nacido con la guerra.

Es el signo de estos días que pasé en la casa de Felipe, ¡un hermano!, y, cualquiera lo puede ver, ¡un desconocido hasta el día antes! Después, aunque el susto fue largo, y con los pies a destiempo de la mirada de Constantino, que en cualquier momento me hubiera podido denunciar, o acaso ha mandado una denuncia aquí mismo, después de todo eso logré salir con bien de aquel pueblo y me dejaron pasar con la estrella de Felipe en la frente por los puestos de guardia en las carreteras, y creyeron también en mis papeles la policía y tantas gentes que viven de eso, de examinarle a uno los adentros en los papeles, que siempre es buscándole a uno lo peor.

Yo le tengo miedo, ¡odio!, a ese oficio...

Estoy llegando a la mesa número uno y en esta niebla de no saber quién es quién, de sentirle la mirada al hombre en el cogote, de no saber si Constantino está escondido en la denuncia guardada en ese libro negro que alumbra tan mal con la vileza de no saber si uno está entre gente, en el agua, ahogándose entre los peces que saben beberle el aire a las gotas, y viendo yo a este hombre que tiene (se lo estoy viendo ahora) un diente de oro, y que, como el tipo que me está siguiendo toda la mañana en esta cola, no levanta la vista, que la tiene fija el funcionario en los papeles que acaba de entregarle la señora que está delante mío, y que no han debido gustarle mucho, porque dice, sin mirar, que falta un sello; y pregunta a la mujer si es verdad que ella ha venido de alguna otra parte en estos días, y de dónde, aunque eso debe estar, está escrito, en el salvoconducto, y cuando

todo el mundo sabe, hasta los peces de los ríos y del mar que hay en las orillas, que toda la gente ahora viene por ahí, por donde salió, y no se puede otra cosa; ¡pero es sólo por la pesquisa!

La mujer se defiende, habla de sus hijos, de su marido...

"¿Dónde está su marido?"...

No sabe, ella no lo sabe, ojalá supiera que no ha muerto, y le implora la mujer como frente a un santo. El hombre parece ablandarse, como se deben conmovir los santos, aún los de menos hablar, los de menos confianza (y desde luego que más santos que estos funcionarios) con los rezos, y le dice que: "bueno, pase pase"... Y la mujer pasa, secándose el agua de los ojos, a la mesa número dos.

Así es como he quedado yo primero y con el hombrecito oscuro, ¡siniestro!, detrás...

Estoy asustado, confuso; me veo mis manos, mi gabardina, mi nariz, mis zapatos negros del cuñado; tengo los ojos llenos, ahora, del juez número uno: un diente de oro y las manos blancas y pecosas, bien cuidadas, de no haber hecho nunca nada que valiese la pena hacer; y, sin casi fijarse en el salvoconducto, me dice que está bien, que dónde vivo.

Le digo dónde vivo.

Luego me dice que por qué he estado tanto tiempo sin regresar a la ciudad, como si no supiese que hay una guerra y que hay mucha gente que ha estado fuera el mismo tiempo que yo en el mismo sitio que yo y siendo tanto o más joven que yo... Pero no le digo esto, claro, porque no podría hablar tanto aunque quisiera, me siento atrapado en una red de araña grande donde no vale moverse, y menos vale hablar...

Pero me sale lo de la guerra, que me movilizaron.

¿Dónde?

En el pueblo.

¿Por qué no he regresado al pueblo?

Que he estado en el pueblo (¡mentira!), que me han dicho que me presente donde voy a vivir, que es aquí, en la ciudad...

Ya el funcionario está buscando las claves en su cabeza y me dice, como si no le importase:

"¿Con su familia?"...

Con mi hermana y mi padre.

"¿Cómo me ha dicho que se llama?", me dice otra vez, como si su tiento de buscar basuras en el recuerdo le estuviese detectando algo y por primera vez... ¡Como si no estuviese mi nombre ya en el papel, como si necesitase el sonido para saltarle algún resorte! Pero se lo digo, y me sale la voz aflautada, del susto:

"Mariano Alzón"...

Ha sonado en la sala como un toque flaco de corneta, me parece; siento como el pudor de haberme desnudado alguien de un tirón, el miedo tonto de estar en un escenario y con un orinal en la mano a la vista de todos, y también de la funcionario número tres, claro, de la rubia de los ojos azules con una luz suave...

El funcionario me despierta y me dice que está bien, y me devuelve el papel, que pase a la mesa dos.

Pasaré a la dos cuando quede libre, porque la señora está peleando ahora con el calvo de gafas, que sigue haciendo preguntas y más preguntas en la niebla espesa de no

saber si el perro es un lobo: cómo se llama su esposo (¡todavía está la mujer en eso!), dónde está ahora...

Y estoy intrigado con esa luz dulce de los ojos azules de Rosaura, y al mismo tiempo pendiente, ¡colgado!, de la mesa dos.

El funcionario está mirando y remirando aquel papel y pregunta a la mujer a ver si su marido ha tenido algún apodo, que lo llamen de otra manera que en los papeles.

Ella le dice que no, y como buscando en el piso manchado de madera, en el techo, en sus manos delgadas y que no, que no recuerda.

¿Que no recuerda ¡nada!?!...

Nada.

¿Ningún mote? –insiste todavía el ojo de canica que tiene puesto el funcionario sobre la mujer asustada, mientras con el otro echa un vistazo por la sala y por mí que me acaba de ver el susto y el asco, seguramente.

No –dice, y ya segura, la mujer.

¿Está segura?

Claro que sí...

Y veo que la joven me está mirando; acaso por lo mismo de estar yo mirándola; puede ser...

Pero ya estoy frente al funcionario; ha cogido mi salvoconducto en sus manos; y mientras mira en el libro negro pienso, ya no en la muchacha, porque no me caben dos cosas a la vez, sino en Constantino, que puede estar esperándome agazapado en ese libro, y en lo que me puede decir, riéndose, agachando la mirada para taparle la intención; estoy con la cabeza en la mirada torcida de Constantino cuando le llega, al hombre, la jovencita, porque se ha levantado de su mesa para acercársele, y yo la he sonreído, porque me ha salido, y ella ha agarrado la sonrisa en el aire, y ya le está diciendo al oído mientras me mira, aunque ella no rompa a sonreír todavía...

¡¿Y qué será?!... Me encuentro con la mano en mi mano, rompiéndome los dedos, a falta de aire, sin oírle a la sala más voz que el bisbiseo de la chica, y miro atrás, instintivamente, y veo que el sospechoso que me sigue está enseñando un papel...

Regreso automáticamente, porque siento los movimientos como rechazos de goma y sin querer, siento grandes los pies, me duele la cabeza, no puedo respirar, me estoy orinando, y estoy, digo, mirando a la muchacha y ella me huye y sus manos están buscando aturdiditas algún papel en una carpeta que tiene el hombre y lo consigue, el papel, y el hombre me mira y comienza a leer, y lee, con la muchacha, que está en lo mismo, y cuando termina el calvo dice que sí y habla algo muy confidencial y la muchacha no se sienta sino que se va hacia la puerta, una puerta que da a algo interior, y la abre, y se va.

Estoy duro como la piedra, y aún así tengo un rincón de la cabeza que está en la boca de ese hombre, que ni mira, y lo dice:

"Espere un momento, por favor" ..., y me devuelve el salvoconducto.

Yo cojo el papel, he tenido fuerzas para adelantar un paso y tomárselo de sus manos, y oigo que al mismo tiempo dice otra vez:

"El siguiente"...

La orden se ha oído en toda la sala, que está sumergida en un silencio estirado y tenso, como el que late en lo profundo del mar cuando va a estallar una tempestad: volteo, bruscamente, no soy dueño sino del salto, las muescas viejas del instinto (que es pensar con todo el cuerpo) antes de frenarse con la cabeza, y veo al hombre que me sigue, enredado, el pobre, y blanco, ¡verde!, en el interrogatorio de la mesa número uno, y veo ahora, que ya es tarde para estar con él, que no es un enemigo, porque hay tan poca luz que nos celamos en lo oscuro los hermanos; me doy cuenta, ahora, que estoy estorbando donde estoy, me siento el centro de todas las miradas, del funcionario número dos y de cada uno de los que están esperando en la sala, y doy dos pasos atrás, dejando libre el puesto, aunque sé que no hay nadie que lo pueda ocupar...

Es cuando se ha abierto la puerta, ¡y entra un guardia!

Me han dado un vuelco, dos, el estómago, las tripas, y se me han cerrado los conductos del aire del todo, como en un ahogo de agua, hundido en el mar, con sal en los ojos, y doy un paso atrás, difícilmente en tanta agua espesa de sal, y otro, y volteo, y veo la cola, una orilla larga de por lo menos cincuenta personas llenas de ojos, un monstruo marino con pies y pies, y brazos... Esos brazos podrían ayudarme... Pero ese pulpo no se mueve, está (cada brazo, cada ojo) en lo suyo y viendo con mil ojos cómo me agarra el guardia por un brazo y oyendo que me dice:

"Véngase conmigo"...

Sin rencor.

Miro a la muchacha, que está muy ocupada escribiendo sobre un papel, y acaso hasta haciendo un favor a la viejecita... ¡y me ha mirado!...

¡Es como si de pronto, y vestido con la gabardina como estoy, sin la boina, pero con los zapatos marrones de mi cuñado y de pie en la misma orilla infinita me hubiese colmado la ola gigantesca de un mar increíble!

El presente

Era el anochecer de un día de verano.

Este del verano es el tiempo en que llegan los turistas a liberarse del peso de sentirse responsables de su país, de sus crisis de gobierno, de la madre vieja, de las obligaciones de pagar, de la mujer algunos, de la querida el que la tenga que dejar allá, de ese fardo a veces incómodo de ser parte de algo, y que ya fuera del país, y sobre todo de vacaciones, se siente uno que lo ha dejado, el peso, al otro lado de una hoja de su pasaporte. Es como si viniese gente nueva a tierra nueva, por vieja que siga siendo esta tierra.

El hombre remozca su ilusión a menudo, si puede; y es bueno que lo pueda, para su salud.

Era, pues, un anochecer de verano así, y con lluvia. En el verano de sol a veces llueve mucho en esta tierra, y en esa noche estaban las aceras llenas de turistas sentados en short y cachucha bajo los toldos, oliendo a café, a coñac, a whisky, y otros caminaban con prisa cubriéndose con periódicos; muchos no acertaban qué cara poner a la lluvia; había, habría, algunos que no sabían todavía con quién pasar la noche. Y eso que antes era una señal, ya no sabe uno quién es el forastero y quién es de aquí, porque también los de este lado del pasaporte se disfrazan ahora de turistas y se salen de madre. Así están los veranos ahora de libres, siempre que no sea la licencia para otra cosa; para leer o para salir juntos, y no en procesión; para escribir uno sus razones de sentirse vivo entre tanto muerto. Ni son estos veranos de sol si fuesen con otro signo, porque en un verano así de licencia y con la enseña que tuviese un color más, el del nazareno, se hubiesen oído cosas terribles desde el púlpito.

Así son las cosas de Dios cuando las manejan los hombres.

Y estaba, digo, en una vitrina de joyería un hombre ya mayor, bastante mayor; no viejo del todo, pero ya más de allá que de aquí; y, sin embargo, todavía de muy buen color, rosadote, de buen ver, con los ojos enteros y con su fuerza, con una boina grande y negra a la que le bajaban por los costados, más abajo de las orejas, unas patillas blancas y espesas, con pelo como de cordero. Todo ese hombre iba encorbatado, metido en una gabardina, derecho, y con zapatos blancos. Estaba viendo allá mismo, colgados, como haciendo guardia a las joyas, unos barómetros que todos, por unanimidad, como algunos brazos en los congresos, decían: "buen tiempo", y, sin embargo, estaba lloviendo. Aquí, como en ninguna otra parte, los nombres no hacen las cosas. En ese momento de estar el hombre entero frente a la vitrina con el paraguas sobre su boina (aunque ya casi no estaba lloviendo) le llegó al hombre, a su lado, una mujer.

El la miró y quedó rendido de aquel perfil; era la nariz derecha y fina, y pensó que qué casualidad que llegase esta mujer en este momento. La vio largamente. Luego volvió los ojos al piso del escaparate cuidadosamente lleno, deslumbrante, de sortijas montadas con perlas y con esmeraldas y con brillantes, brazaletes, relojes de oro, broches de brillantes enormes y collares de perlas, y cada trabajo de artesano con su sitio en el vidrio y sobre el terciopelo azul y con unas luces muy vivas y, digamos sin verdad, muy sabias, porque saben llenar de destellos que llaman al ojo y lo deslumbran.

Como también estaban alucinados aquellos ojos de mujer, verdes, luminosos, como las joyas, y aún más hermosos: le estaban mirando a él de reojo.

Un viejo así y con esa mirada no se ve todos los días.

Era seguro que cuando estaba mirando aquella vitrina estaba pensando en alguien, y con el propósito de mimarla; porque no podía tratarse sino de una mujer. Ella estaba así, con él, sin ser nada del hombre sino por haber coincidido con el caballero, y por azar, frente a un escaparate de joyas. Ella, sintiendo sus ojos encima, frescos aún, a pesar de su edad, y sin maña, parecía, y sin decidirse a hablar. Estuvo el viejo a punto de comenzar a decir más de una vez, pero no habló enseguida, sino que ella se sintió observada todavía un rato mientras seguía recorriendo con su mirada las joyas; y luego, cuando ya ella se fue a mover, a posta, para empujarlo a hablar, oyó que él se apresuraba a decirle que era bonito todo aquello, ¿no? Ella lo miró, y dijo que sí, y como con un permiso de que podía seguir hablando, para que él, entonces, se atreviese. Y él se atrevió, y le dijo (porque ella se lo oyó claramente): "señora, ¿qué pendientes le gustan a usted más: aquellas esmeraldas que están en la esquina, o estas otras de perlas naturales que están junto al brazalete?"... La mujer no se sorprendió y le dijo, para estar segura de no errar el ánimo del viejo, que esa selección de la joya dependía del gusto de la persona a la que se le iba a regalar... La mujer se sintió decir, y ya prevenida, que era según el gusto de ella misma, "de la señora", y que, por favor, cuál le gustaba más. Ella se estaba viendo en aquellos ojos sin solapa; y, sin embargo, el viejo, y con la audacia, no le seguía pareciendo ya el mismo abuelo; así le salió a ella una malicia juguetona en los ojos; sin querer y sólo para llegarle más lejos y verle al hombre más adelante en su camino. El hombre no siguió aquella vía que le abrió ella con la malicia de tentar, sino que se le acercó un paso del suyo, de su propio camino, un atajo muy sencillo, la cubrió con el paraguas aunque estaban a cubierto del toldo de la joyería, y comenzó a explicarle tranquilamente: que le estaba pidiendo su opinión porque suponía que ella, que era tan linda y tan fina, tenía un gusto particular para las joyas, y que, dijo, además, era un regalo muy especial, porque cumplía cincuenta años de casado al día siguiente y quería dar una sorpresa a su mujer. A ella, que lo estaba midiendo, se le alegraron los ojos, enternecida, y le dijo que qué hermoso le parecía llegar a la edad de él con esa salud y tener además esta ilusión para hacer un regalo así a su mujer, y que por qué no venía ella, su esposa, a escoger el regalo, a pesar de quitarle el gusto de la sorpresa, ya que cualquiera de aquellas joyas costaba mucho... Le oyó decir a él que no, que su mujer valía ese riesgo; y lo que le estaba ocurriendo era muy curioso, porque su esposa se parecía a ella, mucho. ¡¿A ella?!, dijo la mujer, con un sobresalto y para tomarse el tiempo de verle al hombre los ojos otra vez; se los vio limpios y diciéndole que al día siguiente, a las siete de la mañana, harían cincuenta años de casados, y quería llegarle a esa misma hora con el presente

Ella quiso acompañarle, y se puso a mirar y remirar con él las dos joyas, sopesándoles con los ojos el brillo, y lo grande, el peso, y tratando de imaginarse cómo sería, en verdad, la esposa del caballero.

Le fue haciendo algunas preguntas de cómo era ella, si alta, si gruesa. Y él, en cada medida, se ponía a pensar y la miraba a ella, a la mujer, y le estaba diciendo tanto de sí misma que estaba otra vez ella con aquellas dudas dentro. Así, en esta penumbra, se

decidió ella, por fin, por las esmeraldas que estaban a un lado del escaparate; pero con la reserva, siempre, de que ésa era cuestión muy particular de los gustos de su esposa.

Y entraron.

No por estar ellos dos juntos en nada, sino que él se decidió bruscamente y entró, y coincidieron, así, dentro de la joyería otra vez. Ella pensando que qué estaba haciendo ella allá dentro, y recordando que entró primero el hombre, aunque se ocupó de pedirle ese permiso para entrar él antes, y que después le sujetó la puerta a ella para que pasara; luego pidió al joyero (¡que lo saludó como a un conocido!) que le mostrase "otra vez" los pendientes. A ella le sorprendió también que el joyero fuese derecho a los dos pares de zarcillos y se los pusiese delante al caballero, que lucía ahora muy nervioso, y le miraba a ella y luego miraba al dueño de la joyería, que era un hombre mayor, sonriendo al cliente, ¡y a ella!, con algo más que el peso de sonreír sin más; pero, claro, discretamente, sin decir nada. Ella estaba inquieta de algo otra vez, y él, el viejo, tocando las piezas, pesándolas, en aquel silencio de tres desconocidos frente a los pares de pendientes que no se sabe todavía, a pesar de las palabras, para quién son.

El hombre se decidió, por fin, por las esmeraldas; inmediatamente sacó del bolsillo del pantalón su cartera negra, que era grande y muy manoseada, y fue contando en silencio y apresuradamente los billetes de mil mientras el vendedor estaba colocándole los pendientes en un joyero rojo muy fino y se los envolvía luego en un papel verde y oro de regalo. Oyó ella cuando el hombre estaba dando apresuradamente las gracias al vendedor y se estaba volviendo con el paquetito en la mano a la señora y se quitaba la boina y le hacía aquella reverencia y media de darle las gracias con todo y alma; y salió.

La señora había quedado a un lado, ya inservible.

El joyero se sonrió viéndola del otro lado, acaso, y pensando que ella había entrado con él, como había sido en verdad, y curioso de aquella consulta con los ojos que hacía el hombre a la mujer mientras se estaba decidiendo por las joyas, y viéndola bonita, sola y sin irse todavía; porque era evidente que cuando salió aquel hombre había quedado ella tan sin él que no sabía para qué había entrado a la joyería.

El vendedor dijo entonces, y para dar a ella un tiempo, que no era la primera vez que el caballero venía a ver las joyas; que estaría más cerca de las cien que de una; y ¡que ya estaba pensando él que no se iba a llevar nunca esos pendientes! Como, a pesar de eso, ella no decía que era también una vecina, sino que se le quedó esperando, fue explicándole él que hacía más de un año que le estaba llegando ese señor todos los sábados y le hacía mostrar todos sus pendientes, siempre pendientes; le preguntaba los precios y los apuntaba. A veces traía vecinas y consultaba con ellas, y luego le hacía mil preguntas sobre la calidad, sobre lo que duraban, y de cómo montaban las piedras sobre el oro, todo. ¿Siempre lo mismo?, le dijo por fin la mujer. Y él le contestó que siempre igual, sólo que últimamente se fijaba más en esos dos pares, y hoy pensó que tampoco tenía todavía el dinero para terminar de llevarlos.

La señora no era, por lo visto, una vecina más, porque oyó, se calló, y, sonriente, le preguntó por un prendedor de la vidriera, y se lo llevó.

Cuando salió la mujer, ya estaba lloviendo de nuevo como cae aquí el agua. Estaba cruzando la calle, ¡y vio al hombre otra vez!, ¡como si estuviese esperándola! El la vio también, y la saludó tocándose la boina con la mano que sostenía el paraguas, porque no

le quedaba sino otra mano, la izquierda, y la tenía metida en el bolsillo de la gabardina y agarrado al estuche, seguramente. No se volvió a fijar más en ella, sino en las dos mujeres que estaban a su lado esperando el autobús.

La lluvia estaba bajando en serio; la estaba viendo él en esa cortina estrepitosa que rodeaba su figura de hombre tieso, estirado, y con una mano siempre metida en el bolsillo, relampagueándole los faros de los coches y los mil reflejos del agua sobre el asfalto y las relucientes carrocerías de los coches, pendientes esos ojos de las carreras de los transeúntes sin paraguas que se apresuraban pegados a las casas y sin ver llegar al autobús, y pensando en su mujer; sorprendido aún en aquel momento por la señora que encontró frente a la vidriera de la joyería y que la estaba volviendo a ver mirándolo en este momento, ¡y tan semejante a como había sido su mujer de joven, y aún hoy, con ese parecido en la nariz, que era una nariz recta y fina, y aquellos labios finos y prietos, dos caras que, a la distancia de ayer, eran iguales, y pensando en ella, su mujer, y la sorpresa que iba a darle, porque ella no se esperaba, ¡cómo!, una cosa así, ni mucho menos, de él que era un oficinista de cincuenta y seis años en la misma casa y sin hijos que ganasen por uno después, y con aquel sueldo a pesar de las horas extras, que era de noche y día para pagarle a ella los cuidados. ¡Nunca pensaría ella que podría él tanto con los ahorros!... Llegó el autobús, porque todo llega; empujó el hombre con cierta brusquedad a una señora que estaba subiendo con la dificultad de ser anciana y porque era gruesa; le dolió, pero no pudo evitar darle ese golpe; ni después pudo subir con menos prisa, porque era que tenía que cerrar el paraguas sin dejarse de la preocupación de que no se le fuesen a perder los pendientes. Así subió, y hasta alcanzó un asiento libre. Arrancó el "bus" con los ruidos, y él, con el paraguas escurriéndole el agua entre sus rodillas, sacó con cuidado la cajita forrada de regalo y con un sello de oro de la joyería; la vio de todos lados, la volvió a guardar en el bolsillo de su gabardina, y la protegió cuidadosamente con su mano; luego sacó con la otra su pañuelo, se sonó la nariz y estuvo, mientras, observando a su vecina, una mujer gruesa que tenía la mano sobre un paquete vulgar hecho con papel de periódico y con sólo el anillo de boda y sin pendientes; se fijó también en la mano de un hombre que iba agarrado a la barra del autobús, sin sortija, y se vio la suya con el anillo viejo de cincuenta años y todavía como nuevo; miró la cabeza de la jovencita que tenía delante con las orejas tapadas con el peinado, porque seguramente no tenía aún ni novio que le comprase los pendientes baratos; y estaba también viendo a su mujer más allá del autobús y de la lluvia y con las dos esmeraldas adornándole las orejas, linda, elegante, sentada y con esos ojos de mirar tranquilo que se le iban a abrir como dos faros cuando destapase ella el estuche.

Después de estas observaciones silenciosas quedó mirando sin ver más que eso que lo esperaba en casa, sonriéndose él mismo de su malicia.

No tardó el viaje diez minutos en todo; ya estaba de nuevo, como al entrar, con la prisa brusca del que ha esperado cincuenta años de estar casado con una mujer bonita y sin un hijo que lo distraiga. Bajó corriendo, cuidando de no tropezar, ¡porque estos jóvenes atropellan!, sin abrir su paraguas, porque ya, desde aquí, desde la parada, eran dos portales más, y bajo cubierto, porque los balcones de piedra son aquí viejos y anchos como boinas.

Entró en el portal, oscuro; prendió la luz y corrió, casi, escaleras de madera arriba; subió aprisa, pero lentamente (por la pendiente) un piso y dos; el tercero no lo pudo subir sin un descanso, porque tres pisos a los setenta son más de tres; cuando llegó estaba más rosado que de costumbre y sentía un sofoco nuevo; se quedó en el descansillo esperando que le llegase aire bastante para sonreírle a su mujer sin decirle que le tenía una sorpresa para el día siguiente. ¡Porque ella, a pesar de todo, tenía una cabeza muy despierta! Sacó su llave, le dio la vuelta y sonó la voz de una mujer: "¿Eres tú, Manuel?" El dijo, demasiado apresuradamente: "sí"... "Es un poco tarde", dijo ella. El no le contestó, porque no la había oído sino la voz, y también porque estaba en ese momento con la cabeza en el esfuerzo de que no le llegase a ella el ruido de abrir el armario del comedor; ella tenía un oído muy-muy fino, y él estaba hablándole, por eso, en voz alta, diciéndole cuánto estaba lloviendo fuera, de la muchísima gente que andaba, a pesar de todo, por la calle. Y ella: "¿Dónde estás, qué haces en el comedor?"...

Y él, colocando ya la cajita de los pendientes arriba, en la balda alta del armario, porque allá no llegaba nunca su mujer, que ya estaba entrando en la habitación, sentada en una silla de ruedas, por su propia mano, despierta la cabeza en esos ojos vivos, dulces y verdes, con el marco de hueso y las mejillas consumidas hasta la boca, enmarcada esa cara en cabellos blanquísimos recogidos en un moño caído sobre una toquilla negra y gris que bajaba por los hombros hasta una bata azul sin pechos y hasta la manta marrón y blanco que le cubre unas rodillas que ella no siente desde hace diez años.

Los gitanos

Estaba el día nuevo y limpio, sin una nube.

Y los cinco contentos; más, dichosos de sentirse entre tanta gente que se ríe, porque es maravilloso sentirse feliz en los demás, y recibir uno un codazo y sonreír, y pisar un pie y pedir a alguien que perdone y saber que ya está perdonado, porque no hay nada capaz de amargar un día cada dos meses de verano, que un verano bueno y a esta distancia del sol que llueve y llueve no da más que estos dos meses de calor al año, y entonces aprieta duro por todos los días que ha llovido y han llegado con viento y con heladas, porque esta tierra en invierno y sin turistas es diferente.

Ojalá no fuese así.

Ella se ha levantado a las siete para hacer la tortilla de patatas y asar el pollo y plancharle a la pequeña su vestido de percal rojo y hacer las camas y estar lista con los niños para cuando él comience a empujar con la voz contenta y exigente, que cuando él arranca es una tromba.

El techo del autobús está lleno de cabezas divertidas, desmochadas por el cuello y cubiertas de gorras de marino, de boinas, de sombreros con uvas, de cachuchas de colores, de pelos peinados y sin peinar, de todo, y con aquellas risas y sudando como dentro de un puchero. El ha tenido que agarrarse de la barra con la pequeña de cinco años en brazos y con la bolsa grande de lona azul que ella no puede verle a su marido porque debe andar entre los pies; ¡y con el pollo y la tortilla dentro!; pero está contenta de verlo feliz, se le puede ver, el gozo, en la luz de esos ojos grandes y salidos, y resudando, porque ella lo conoce en sus calores.

Y así se siente él, en verdad, rezumándole el agua por todo; le están bajando unas gotas corridas y traviesas desde el cuello y después por el pecho y por el vientre y aún más abajo con aquella sensación de estarse orinando él, o ella, que también puede ser su hijita de cinco años, porque la tiene y la siente como una sola carne sobre su cuerpo y sin saber dónde comienza su hija... ¡Y esta mujer del sombrero verde que se está aupando, y pisando su bolso de comida!, y a la que, sin embargo, no dice nada, sino que se calla el hombre y se ríe él mismo por dentro, porque la playa es todo esto. Y el viejo que tiene a su lado, y que puede ser el padre de la señora, le ha sorprendido con esa risa tapada detrás de sus labios, porque no hay nada que escape a un anciano, aunque el anciano se calle; y él mismo, sin embargo, el viejito, le dice una sonrisa resignada de no saber ni dónde están sus nietos, seguramente, porque esta mañana y con este calorón y con la gente tan de pie y tan prieta en esta caja del autobús, no puede tener secretos.

Tiene que estar llegando, porque el trayecto es poco, menos de dos horas.

Ve él a su mujer lamida y sin una gota de sudor, que ni eso le sobra, y con el bigote arrugado, nerviosa, agarrada de dos hijos como de dos puntales que él no puede, no alcanza, a ver, pero que ya están grandes como de doce años, los dos, y que ella, la madre, los tuvo tan seguidos que dice que le parecen llegados en un solo parto.

El chico está en este instante que no le alcanzan las piernas, ni de puntillas, para ver nada, y sumergido, como su hermana, en aquel mar de gente moviéndose, no por sí sino

como una sola masa que bate los hierros de los asientos y su cáscara de chapa en las curvas y con los gritos de los frenazos y las haladas de aire en las arrancadas, porque este chófer tiene el pie sin el tiento; como de palo; por eso es que la gente grita tanto con las risas, y a veces, cuando el peligro, se calla, porque dos horas de risa, aunque sea camino de la playa, es mucho reír; y entonces, en el silencio de la gente, es cuando se oyen mejor los tiros y los aires de la máquina en que viaja tanta gente de una vez.

La mujer no alcanza a ver ella misma por la ventana, por la ley de los cuerpos, porque ella no es ni alta, y, por otro lado, está atada a los niños por la costumbre, y, además, tiene que tener un ojo en su marido, más que por él mismo por la pequeña, que a cualquier mujer, y más a una madre, le parece que le pueden quitar el marido o la hija en cualquier momento para siempre; y a ella, que es tan nerviosa, más, por nada, por ver la niña tan poca cosa y a él tan bueno, y por quererlos desde adentro. Y está viendo a la pequeña abrazada a su padre, como dormida, aunque ha dormido bien toda la noche y no ha desayunado nada, ¡porque es nada lo que come esta hija!, y ya el vestidito rojo lo tiene hecho un trapo de mojado con el sudor, y arrugado, ¡y se le va a caer el gorrito marinero, azul y blanco, lo va a perder!; llama a su marido por sobre la algazara de voces y los ruidos; y él no oye; pero el anciano está en todo, lo toca en el hombro y él se da cuenta, ha entendido, y le encasqueta el sombrero hasta los ojos, ¡como a una huérfana, la pobrecita! Ahora es el chico el que está tirándole a ella del brazo y diciéndole con los ojos que están llegando, que es el mar; no sabe ella por dónde ha podido verlo este muchacho, porque no huele todavía esto a mar, sino a este sudor de vinagre desde que entró en el autobús una gorda con peineta respirando como con asma y que va delante, pegada al asiento del chófer. Pero el chico sí, porque ocurre que tiene un ojo entre un brazo desnudo y un pecho de muchacha, vestido, hace rato, y le ha llegado en este momento bruscamente una mano para separarlos, y en este instante se le ha aparecido el pedazo de cielo cruzado por la punta de una vela, y eso no puede ocurrir sino en el mar un día domingo de playa; el chico se lo está diciendo también a su hermana, que está entre dos barrigas de hombre casi llorando de calor.

Bajan, por fin, los cuatro, que es bajarse los cinco, y ya la pequeñita está en los brazos de su madre y pasándole ésta las fantasías de su propia niñez vacía de agua y de arena y con la alegría de cuando pisó su orilla al casarse, en el viaje de bodas.

Porque uno revive en sus hijos.

Y ya van camino de la playa con esta brisa, y el padre sujetando a sus dos hijos como dos pollinos tirándole de las varas de sus brazos, cuando oye que lo llaman, que es su mujer; él sigue con los ojos la mirada de su esposa y llega a una jovencita vestida de negro hasta la cabeza y con cara de niña. Vienen con ella dos hombres de sombrero y pelambreras negras y brillantes por el cuello, sucios por las ropas sobradas y las caras relampagueantes en los ojos, y ella con una cesta hincada con garbo en la cadera; descarada, bonita. Se le pegan los dos hijos. La gitana entrapa aquella mirada de hombre al aire y se le acerca, ojos de miel grandes y hondos, y le pide una peseta; y él se detiene y la busca, con todo y ser pobre, porque se la puede dar, y no puede, porque no tiene suelto; nada más por eso; pero la gitana lo daña con el ojo; se siente él fulminado por el mal y riéndose de eso al mismo tiempo, y busca, regocijado, a su mujer, que ya va delante y se le ha quedado esperando para decirle que a esta gente que está joven y no

trabaja no hay que dar ni una peseta, ni media. Luego ella, la mujer, sigue pensando, sin remedio, en aquella vez que una gitana así se robó delante de ella y en una tienda dos tomates y los echó dentro del pecho como en un saco y la miró a ella con tanto descaro que no supo si había sido verdad o mentira de sus ojos; y no se atrevió a hablar entonces, le dio miedo. El va sonriendo a los hijos como si nada, pero pensando en la gitana que le dijeron había pasado por el pueblo hacía poco y tenía un vestido negro y holgado con una raja delante y andaba desnuda por dentro para quedarse un rato con cualquiera que diese diez duros; y supo de uno que la cogió detrás de la bodega de Jesús sin todavía ser noche siquiera, porque eso se hizo, con perdón, en un santiamén, sin quitarse ni él ni ella la ropa. Su hija insistía preguntándole si era verdad que los gitanos se roban a los niños pequeños, pensando en su hermanita, que en aquel momento estaba riéndose en las manos de su madre, mientras su papá está diciendo a los dos mayores (para no asustarlos, pero para prevenirlos) que él cree que eso es verdad, pero que de todos modos hay que cuidarse siempre de los desconocidos y más si son gitanos; ¿entendido? Pero eso lo han olvidado los niños en el mismo instante de oírlo, porque a un niño camino de la playa le pasa el susto de unos gitanos antes de que les llegue al cuerpo.

Están pisando la arena con otra gente del autobús y de a pie, porque el verano es un río de gente que se encandila con el mar y lo ve siempre azul y anegado de sol, que eso es, dicen, de aquí y no cuesta nada; que si fuese así debiera venirse más cerca y más a menudo. El mar huele a sal y a pescado y a barcos y a lejos, y la brisa está tan tibia que provoca irse desnudando las ropas antes de llegarle con los pies a la orilla, que la playa de hoy es una arena caliente de quemar los pies tan temprano, y espaciosa y baja, de anegarse casi del todo con la marea y de tener que correr medio kilómetro en busca de mar cuando se va el agua con la Luna; que hasta esto es ya de los norteamericanos. La mujer va desvistiendo a la pequeñita mientras camina dificultosamente sobre la arena caliente, pero gozosa de sólo verla contenta; y los otros dos van cargando al padre con el lastre de los pantalones y la camisa y el vestido y las alpargatas, y ya, cuando su madre llega a un sitio que le parece bueno, los dos mayores se han perdido del todo entre aquel hervidero de gente que es la orilla. El, con la preocupación de la madre, los llama y no oyen, y tiene que buscarlos y regresarlos donde está su madre y su hermanita otra vez, para disciplinarlos y para sentirse otra vez los cinco; que ésa, la de sentirse juntos y todos, es su fortuna, y la han contado esta mañana al tomar el autobús. El habla a los dos mayores: que no es cosa de llegar a la playa y desaparecer en el agua, que ha habido muchos niños que se han ahogado así, o se han perdido entre un mundo que no se da cuenta de uno más o menos, aunque ese uno esté al lado, y su madre, que está dejando a la pequeña de cinco años desnudita al sol, refuerza el sermón de su marido con un ejemplo terrible y reciente leído en el periódico, de un niño, y grande, ahogado en esas rocas del espigón. El padre les señala la primera boya que hay, ¿la ven?; los chiquillos la ven, ¡qué más!; hay aun más: que no se acerquen a las moles de piedra del espigón, ni aun por este lado, porque ahí hay algunas trampas de arena que sorben gente al hundirse. Los chicos escuchan las palabras del padre sabiendo que nadie se muere un domingo de playa.

Calienta el sol, bastante.

Se han bañado los chicos y los grandes, y ha llegado, aunque de muy tarde, la hora de comer lo que es mitad almuerzo, mitad cena; hasta la pequeña está comiendo con apetito. ¡Qué maravilla! El, reilón y feliz, dice que será cosa de venirse a la playa a vivir. Su mujer no es menos, y dice que pueden ahorrar unas pesetas para una bicicleta y venirse él a trabajar cincuenta y cuatro kilómetros todos los días mientras lo esperan ellos sobre la arena, cocinando en la playa, acostándose sobre la playa, amaneciendo todos los días en aquella orilla sin un paraguas que los resguarde del sol y de la noche y de la lluvia.

Y se ríen todos de la fantasía de saberse tan pobres y comiendo tan a gusto, con todo y arena.

Ella, la mamá de los cuatro, es la que despierta primero al cuidado de que no tiren los papeles y los restos de pan sobre la arena, porque eso es sucio, porque las cosas que se usan una vez al año hay que cuidar; y, efectivamente, los chicos se los llevan hasta una papelera grande, pintada de verde, que hay cerca y con tapa de abrir y cerrar mediante un pedal, y donde los chicos juegan un rato. Ha sido él, dormilón, quien ha dado la orden para la siesta; pero, a pesar de eso y de la pelea, los dos mayores se salieron con la suya de ir a la orilla, aunque con la promesa de no tocar el agua en dos horas; él los ve nimbados de luz, comenzando a jugar a castillos, a hacerse esas casas de niño que se hunden, como las que uno sueña cuando llega a hombre, porque en algunas partes todo es el mismo sueño; él, clavando en la arena blanda aquellos dos palos y atando su camisa al viento, y bajo esa sombra tan movediza que es de ellos por un rato eligiendo un pedazo de arena para acostar a la pequeña, a la que su mamá le está poniendo ya su vestidito rojo otra vez, porque se puede quemar demasiado y no hay para cremas, que son requete-caras. Aún ha sobrado un pocito de sombra para la cabeza de mamá; y nada para él, el varón, el hombre fuerte, quien ha mirado de nuevo hasta donde están jugando, como prometido, los chicos, que es lejos, pero no está en peligro del agua, y se acuesta al sol; que es a dormir, porque el calor y la brisa y esa mecida del agua que siesteas pesada, poderosamente, y ese romperse de algodón de las orillas y luego los golpes secos y blandos de los pies de la gente que camina sobre la arena: "toc-toc-toc", le trae al oído pegado al suelo el eco lejano de una cueva que lo protege, y con ese olor a mar y todo, más si ocurre después de un sábado de doce horas enluciendo un techo.

Ha dormido así horas, ha sentido a su mujer jugando con la pequeña y se ha vuelto a quedar dormido. Sin querer.

Cuando lo ha llamado su mujer, ya el sol está sobre el cerro, corre una brisa fresca y el hormiguero de la playa es ya gente dispersa y poca; y así son las voces también, más débiles y más llenas de mar, porque se están yendo para el autobús, y con aquellas sombras ya largas y afiladas, y ve, echado como está todavía, el nivel de agua alto, con la lancha salvavidas subido como sobre una cresta de agua, como sobre una espalda poderosa, y le está apurando su mujer, escandalizándose sola, mientras recoge una toalla, por haberse quedado dormida un rato, ¡ella, que no se duerme nunca fuera de casa!, y pidiéndole que le mande la pequeña, porque tiene que ir la vistiendo... El se incorpora un poco en su modorra, mira en derredor y ve a su mujer recogiendo las cosas en la bolsa y no dice nada, y busca con los ojos a los dos mayores, y los ve ya mucho más cerca, y no haciendo castillos, ¡sino saliendo del agua!, sin la pequeña, y mira a su mujer,

que está en lo mismo, con su bolsa azul de lona en los pies, diciéndole que mientras tanto vaya haciendo vestir a los mayores, porque es tarde. El ha girado en redondo otra vez, buscando un bulto, un color, y se ha levantado de un salto y ha corrido hacia la orilla sin decir nada, sintiendo fría la arena bajo sus pies, y llega asustado de algo cuando los chicos ya están fuera del agua y les pregunta que dónde está la pequeña, y ve, de sólo verles las caras, que los niños no saben, y voltea bruscamente con unos ojos abiertos y sin una luz, deslumbrados sin el sol, en dirección a su mujer, que ya está casi sola, y ya recelosa, en esa parte de la playa, viéndolo; ve los toldos de colores replegados y casi solitarios, y le cae a él de golpe un peso gordo y frío en el vientre y se le van, como si se le estuviesen borrando en un dibujo, las piernas, y no oye nada, y se le ocurre ver el mar, por nada, por mirar a alguna parte donde no estén los ojos de su mujer, y se hace la sombra en este instante, porque se ha terminado de hundir el sol detrás del cerro, que es como si alguien que está jugando con uno hubiese apagado la luz; ¡en lo peor!; y el hombre recorre con la vista el mar, lo lejos, y la playa, ansiosamente, y entran por esos ojos, ávidamente, todo el agua del mar y toda la arena de la playa en busca de una gota de color, hasta que vuelve a tropezar con los ojos inescapables de su mujer, rodeada ahora de sus hijos y viéndolo, muriéndose con él en esta soledad aterradora de la playa sin su hija y cuando se está yendo el sol para siempre y se están agotando irreversiblemente los niños de la playa y todos los rojos del mundo y no aparece el suyo, el de ella y de su marido, completamente inservibles los dos y que pueden morirse aquí mismo y de sólo esto, y que puede gritar él y que no grita, ella no le oye la voz, y que puede moverse y no se mueve, y lo ve arrancando, por fin, en su dirección, que es cuando ella se siente sentarse y se le van apareciendo luego las piernas peludas de su marido y el pantaloncito blanco y holgado, demasiado, porque le está viendo, con una frialdad y con una nitidez aterradoras, dentro los pelos y una piel como de gallina y su miembro encogido, arrugado, y más arriba la caja del pecho con las costillas y la quijada grande y los ojos, que esta cara de su marido no es ahora más que ojos viendo el mar, ¡el mar!, y a ella le sale gritar, y él todo oídos y sin el cuerpo, y todo ojos y sin oír nada, y viendo a sus dos chicos corriendo entre algodones y con un movimiento lento como de cine en la orilla, hacia las rocas; ella, viéndose rodeada, ahogada, en gente con actitudes de si pasa algo, debe ser, y oyéndoles a veces las voces muy lejanas y en aquel silencio y sin saber qué hacer para moverse, hasta que se siente con su marido, por el olor, por este olor a incienso que tiene su aliento, y sintiéndolo hablar cerca y solo mientras miran los dos la playa, el mar, otra vez, y ahora con toda claridad y en un silencio completo, sordo, que eso es por olas, porque han salido algunos hombres corriendo hacia las rocas y otros hacia los toldos de colores, y ella mirándose en los ojos aterrados de su marido, salidos y blancos, sin decir nada, y de pronto diciéndole a ella que no, que no se asuste, que aquello que flota en el mar es una boya; y ella, a pesar de esto, se le desmaya en los brazos, y él viendo todavía con toda nitidez, como si esto de morirse no tuviese fronteras, la gente que se va, algunos padres corriendo con sus hijos de la mano, como huyendo de una peste que eran ellos; iba una niña con una muñeca de vestido rojo colgada de la mano, como muerta; y aquella gente sobre el espigón mirándolos, seguramente, desde aquel contraluz del cielo iluminado por un sol invisible...

Alguien que él no ve hace sitio entre aquel tumulto de gente que es incapaz, ni reunida la fuerza de cada uno en alguien, de ayudarles, que no pueden alcanzar a ella ni a él, tan lejos y tan fuera están ellos dos de todo. Llegaron los chicos, llorando de ver tanta gente en torno a sus padres y de ver muerta a su madre, que la está abanicando una señora, y de no ver a su hermanita. Ven llegar a los hombres que han estado revisando las tiendas, sin la pequeña; y ha sido ella, la niña, la que ha dicho temblándole la voz:

"Pueden haberla llevado los gitanos, papá"...

¿¡Por qué iban a ser los gitanos!?...!, piensa él, y lo dice; y se acuerda de aquella mirada, y se dice que puede ser, porque, además, no hay otra cosa en que se puede pensar en este momento. La niña insiste, llorando y ¡dice que ella los ha visto por la playa!...

"¡¡Cuándo!!"...

Hace rato, antes de comer. ¿Los tres gitanos que vieron cuando venían a la playa esta mañana?...

Todos están pendientes de esta conversación en voz alta entre padre e hija; la madre como muerta; pero todo el corro grueso, espeso de hombres, de mujeres y de niños, viviendo la emoción gratuita y como de película de aquella angustia; y el padre insiste en saber si los gitanos han sido los mismos de la mañana. No está la pequeña muy segura, porque no estaban vestidos, sino en traje de baño, dos hombres. ¿Y la mujer? No, no ha visto a la mujer.

Una madre dice que a estos gitanos hay que recogerlos todos y ponerlos presos, porque los dejan sueltos con todo y ser capaces de robarse a una niña, ¡qué horror!, porque a ella le ocurrió una vez que se dio cuenta que miraba con mal ojo a su hijo de entonces cinco meses, y ella lo metió corriendo en la casa; ¡a pesar de este cuidado le robaron una gallina! El hombre flaco que está en camiseta dice que hay que dar parte a la autoridad; ¿dónde?; había el alguacil, que está cerca de los toldos. Un joven dice que él lo va a buscar, y sale corriendo: le siguen tres hombres más.

La espera es larga.

Pero llega el alguacil y rodeado de más hombres y mujeres y de niños cuando ella estaba volviendo en sí del todo. La autoridad es un hombre gordo con bigote, ungido con unas ropas y una chapa y con maneras, todo este aparato, y le hacen sitio, respetuosamente, y llegan frente al espectáculo de los cuatro y la bolsa azul grande y los zapatitos de la pequeña con sus calcetines azules desmayados dentro, todo sobre la arena y en un circo de gente, y el alguacil, que ya es un general, habla con una voz delgada que no sabe a hombre, y no dice nada, seguramente no puede, y luego se calla, y mira al mar y a la arena y pueblo adentro, por donde estarán huyendo ahora los raptos. Un hombre con camisa azul, que carga a una niñita en brazos, le dice que pueden repartirse y encargarse, unos por un lado, otros por otro, y pueden buscar a la pequeña por todos lados a la vez y detener a todos los gitanos del pueblo. Eso es práctico, más que pensarlo dos veces. Es más fácil andar todos al mismo tiempo, aunque sea sin cabeza, porque hay piernas para todo. Y piernas, hay.

Así se hace: el alguacil sale hacia el pueblo con siete hombres y dos más niños; otro grupo de más de veinte sale en tropel hacia las rocas; otros se ponen a mirar la playa otra vez, ¡como si la pequeña pudiese estar escondida en un pliegue de la arena, debajo de un

papel!; y el resto, los más, comienzan a irse, como buscando, pero en realidad para escaparse de la responsabilidad agobiante de que los metan de ser espectadores de butaca a ser parte de la película. Así se han quedado los cuatro, ateridos de frío, alizados; ella con las cuencas hundidas y la mirada perdida en el mar desde su traje de baño con pepas blancas holgado para sus huesos enrojecidos por el sol de todo el día, como una gallina que acaban de sacar del agua; y él a su lado, acariciándola en el pelo mojado del sudor frío, asustado el hombre por todo, por ver así a su mujer y a los dos chicos sentados y llorando en la arena, brincándoles las miradas de padre a madre y de madre a padre tiritando de frío y de miedo a la noche, que ya se está acercando. Es él el que reacciona absurdamente diciendo, por decir algo, y por distraer a los chicos, y sabiendo que eso es lo que hubiese dicho su mujer en aquel instante de irse de la playa si hubiese estado la pequeña pegada a la falda, si no pierde a su hija, si en este instante se cuentan la fortuna de ser cinco juntos: que recojan los chicos aquellos pedazos de sandía que han quedado de unos ancianos en la playa sobre la arena.

El mayor coge llenas las dos manos y llega hasta la papelera y abre la tapa con el pie y da un grito:

"¡Papá!"...

Y otro:

"¡Mamá!"...

El padre corre y se encuentra con el vestido rojo dormido dentro del depósito, con la cabeza y el sombrero azul y blanco sobre su rodilla, llenando el recipiente.

Y no la despierta.

Sino corre gritando donde su mujer, que no es todavía capaz de moverse, y la trae, a rastras, en brazos, y la pone frente a la pequeña, y grita ella y le brotan los ojos y le vuelve el color como de una ola y recoge a la pequeña de entre las manos temblorosas de su marido y la estruja entre sus huesos.

Luego, al rato, miran todos a una: la playa está casi desierta, como si la hubiese barrido un viento, aparte de esta gente que sigue buscando a lo lejos, en las rocas, y a penas se distingue ya, porque es de noche, y llaman y gritan y arrancan los cuatro, ¡los cinco!, sin vestirse, sin verse, con el banderín replegado en el brazo de su madre que los cuatro, todos, quieren tocar con su mano, y ella dejándose festejar, feliz, porque ha dormido muy bien.

Indice

El mar es una orilla muy larga

El presente

Los gitanos